

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© Roberto Giménez Gracia, 2014

© Sempre Vallès Editorial SL, 2014

C/ Girona 161 · 08402 Granollers (Barcelona) | semprevalles@vs21.es

Diseño: BitFish

Depósito Legal: B.26367-2013

CASI TREINTA AÑOS Y UN DÍA

MEMORIAS DE UN DIRECTOR

Roberto Giménez Gracia

Vol. I

SV

SEMPRE VALLÈS EDITORIAL

CASI TREINTA AÑOS Y UN DÍA

MEMORIAS DE UN DIRECTOR

Roberto Giménez Gracia

Vol. I

ÍNDICE DE LA COLECCIÓN

| pág. 7

PRÓLOGO

| pág. 11

Capítulo 1

LA CONFESIÓN DE UN DIRECTOR

| pág. 21

Capítulo 2

SEÑOR JUEZ: ESTOS MUERTOS NO DESCANSAN BIEN EN MI ARMARIO

| pág. 55

Capítulo 3

SETZE JUTGES D'UN JUTJAT MENGAN FETGE D'UN PENJAT

| pág. 99

CASI TREINTA AÑOS Y UN DÍA

MEMORIAS DE UN DIRECTOR

Roberto Giménez Gracia

Índice de la colección

Capítulo 1

**LA CONFESIÓN
DE UN DIRECTOR**

Capítulo 2

**SEÑOR JUEZ: ESTOS
MUERTOS NO DESCANSAN
EN MI ARMARIO**

Capítulo 3

***SETZE JUTGES D'UN JUTJAT
MENGEN FETGE D'UN PENJAT***

Capítulo 4

**MI MUJER ME SALVÓ,
PERDÓN, DE ELLA NO
PUEDO HABLAR**

Capítulo 5

**NO PUEDO DECIR QUE
FUI DETENIDO POR
LA POLICÍA DE FRANCO...
¡MECACHIS!**

Capítulo 6

VIAPLANA, ESE HOMBRE

Capítulo 7

**OPERACIÓN: SALVAR
AL SEÑOR LLOBET**

Capítulo 8

**BALLÚS, LOS AÑOS DE
PLOMO A LA CATALANA**

Capítulo 9

**EL ESTILO DE UN
PERIODISTA NO SE BUSCA,
SE ENCUENTRA**

Capítulo 10

**LA RESPUESTA ESTÁ
EN EL PROFESOR ALBERO**

Capítulo 11

**LOS MEJORES TRABAJOS
DE INVESTIGACIÓN TIENEN
UN NOMBRE PROPIO**

Capítulo 12

**LA HISTORIA DEL HOMBRE
QUE DIO NOMBRE A LA
PLAZA DEL CONY**

Capítulo 13
EL DÍA DE LA PESADILLA

Capítulo 14
ATHOS O LA CONFIANZA
DE TENER LAS ESPALDAS
BIEN CUBIERTAS

Capítulo 15
DIOS NO HABITA EN LA
CALLE DE LA MENTIRA

Capítulo 16
DUELO ENTRE UN PIRATA
CON PATA DE PALO Y OTRO
SIN PARCHE EN EL OJO

Capítulo 17
DIEZ MÁS UNA
EXPLOSIONES HAN
DESANGRADO A UN
ARTIFICIERO

Capítulo 18
ELOGIO A LAS
MATEMÁTICAS: LA SUMA
VALE MÁS QUE LA RESTA

Capítulo 19
MI PERRITA *JENNY* ME DIO
MÁS MIEDO QUE *LOLA* Y LOS
ESCAMOTS DE *TERRA LLIURE*

Capítulo 20
EL TIGRE DEL VALLÈS

Capítulo 21
LAS MUJERES QUE VIVÍ
Y TAMBIÉN LAS QUE NO
QUISE VIVIR

Capítulo 22
LA ALCALDRIZ,
ROSA MARTÍ

Capítulo 23
LAS GUERRAS PÚNICAS

Capítulo 24
EL MATADOR PACO 'LORCA'
MORA

Capítulo 25
LA LARGA SOMBRA
DE *LA GRALLA*

Capítulo 26
PACO CUEVAS VS
FREDERIC NADAL:
LA EXTRAÑA PAREJA

Capítulo 27
MIS HISTORIAS
CON LAS TOGAS NEGRAS

Capítulo 28
ECCE HOMO [PUJADAS]
NO ELIGIÓ A MAYORAL

Capítulo 29
LOS BÁRBAROS DEL NORTE

Capítulo 30

**CABALLOS DE TROYA (I):
CUANDO PILAR DEJÓ
DE SER UN PILAR**

Capítulo 31

**CABALLOS DE TROYA (II):
LA PARANOIA DE JR**

Capítulo 32

**EL HÁBITO NO HACE AL
MONJE, NI AL MONJA**

Capítulo 33

**LA TUMBA DE LA CUARTA
ÉPOCA**

Capítulo 34

**LA GUERRA DE LOS TRES
AÑOS [1992/95] DE LA
SENYORA CARME**

Capítulo 35

**EL PATIO DE MONIPODIO
[ALÍ BABÁ Y LOS 40
LADRONES]**

Capítulo 36

**EN LOS HOSPITALES
NUNCA SE DESCANSA
[MUTUA, POLICLÍNICA Y
HOSPITAL]**

Capítulo 37

TUTIFRUTI EXPRESS

Capítulo 38

**MILADY, D'ARTAGNAN Y LOS
TRES MOSQUETEROS**

Capítulo 39

**LA LECTORA SECRETA
Y LA LLAVE MAESTRA**

Capítulo 40

**LA ÚLTIMA AVENTURA:
EL VALLÈS DEL S XXI**

PRÓLOGO

Como autor de estas Memorias tenía un problema imposible de resolver al uso de lo que es un Prólogo: durante dos años he elegido-tenido nueve *fiscales* para que *fiscalizaran* estas Confesiones de un Director caído antes de hora. Pero ahora que se publica el Prólogo tenía que nominar a uno ellos para escribirlo. Que era obligado que lo haya leído de la ceca a la meca... ¿Pero a quien elegía? Todos escriben bien, han leído con pasión estas Memorias, me conocen perfectamente... Un sí a favor equivalía a ocho 'noes' en contra. Así que he optado por una decisión diplomática: que los nueve digan lo que les plazca. Les pedí, eso sí, un máximo de letras, y también que no hablaran de mi, sino de lo que habían leído. No todos me han obedecido.

El autor

Casi treinta años y un día es una obra periodística de contenido histórico, donde el lector encontrará la vida política, social y cultural del Vallés Oriental en el transcurso de las últimas tres décadas, las del devenir democrático de nuestra historia. Su relato se realiza a partir de los protagonistas, que de alguna forma, dejaron su huella en dicho proceso histórico de la comarca. Se trata de una obra que ha seguido de forma dogmática los paradigmas del periodismo académico.

El estilo periodístico de su autor, Roberto Giménez, es donde reside el verdadero valor de la obra, cuando lees su trabajo, parece que estás en el lugar de su relato, viviéndolo en primera persona, esto sólo lo puede hacer un maestro del periodismo, su autor. Hace más de treinta años que conozco a Roberto a nivel personal y profesional, nunca me ha defraudado, sus memorias tampoco les defraudarán.

Dr. Francisco Javier Moreno Oliver

Pedagogo y periodista

Las Memorias merecen la pena. Porque enganchan. Porque están muy bien escritas. Porque les van a interesar cada capítulo más, es una sorpresa agradable. No les van a dejar indiferentes ni les van a defraudar. Están escritas a corazón abierto de quién sabe que un periodista no es un diplomático. Desde el respeto, pero desde la independencia. Van a descubrir las claves de algunos capítulos de la historia reciente de la ciudad, contadas con pelos y señales. Roberto Giménez ha sido un notario de lo que ha vivido Granollers y la comarca en los últimos treinta años y nos ofrece sus memorias, sus

recuerdos y sus vivencias. Su estilo tiene una virtud: genera interés. Y eso se lo dice un *fiscal* de Mollet afincado en Sabadell que, como pueden comprender, mi relación con Granollers es de admiración y respeto, pero no es mi ciudad ni de nacimiento ni de adopción.

Chema Español

Abogado

Siempre es saludable que una persona se decida a escribir sus Memorias. Las historias cotidianas de cada uno forman la vida de una ciudad o un pueblo. En este caso la vida cotidiana de Granollers queda reflejada en las memorias que tienen en sus manos y que Roberto Giménez, director de la Revista del Valles, ha vivido durante los últimos treinta años. Historias y anécdotas que, tal vez, hayan quedado en el olvido, podrán refrescarlas al leer estas páginas escritas por un personaje con una memoria privilegiada. Es un honor tenerlo como amigo y que haya confiado en uno para escribir estas líneas. No son unas memorias al uso. Al escribirlas uno puede estar tentado en edulcorarlas. Roberto no y más de uno se irritará al leerlas. Este director, como su paisano Eduardo Tarragona, hace suya la expresión “al pan, pan y al vino, vino”. Dicho de otra manera, en estas Memorias llama a cada cosa por su nombre.

César Alcalá

Historiador y escritor

Me eligiste como *fiscal* (un honor que no merezco) y me pides que te escriba unas pocas líneas para el prólogo de tus Memorias. Las he leído con todo interés, cariño y admiración a medida que iba recibiendo los capítulos.

Son magníficos, “Genio y figura”, escritos con pasión y sinceridad; fiel reflejo de tu persona: Periodista honesto, con unos ideales que no cede, para defenderlos, ante nada ni ante nadie.

¡Cuántos recuerdos! ¡Aquellas romerías que hacíamos a la ermita de la Virgen! Ha sido un privilegio conocerte y, querido Don Quijote del Vallés, tu figura marca un camino que hay que seguir si queremos recuperar el Norte.

Tu amigo incondicional, ayer, hoy y siempre, que ruega por ti cada día.

Josep Maria Pujol Artigas

Presidente de *FICOSA* y de la junta del patronato de la Universitat Internacional de Catalunya (UIC)

Aquestes memòries portaran cua, segur. Perquè expliquen coses extretes de racons on encara no hi havia entrat cap ploma. Perquè parla d'uns fets i d'unes persones que interessin a molts possibles lectors, perquè l'autor és una de les espases més esmolades i temudes del Vallès i no inventa, a vegades interpreta, a vegades opina, sovint descriu... però no inventa.

Cal llegir-les, fins i tot encara que a us ofenguin, perquè ens agrada que ens confessin secrets inconfessables, que ens expliquin secrets inexplicables. Llegiu-les perquè hi ha capítols imprescindibles per a tots aquells que volem saber moltes de les coses que han succeït en les darreres dècades en aquest

espai que ens ha tocat viure. Llegiu-les i ja em direu, perquè, en definitiva, és la memòria d'una comarca explicada des d'un punt de vista diferent i des de dins, des de molt endins i enganxen, i tant que enganxen.

Aquestes memòries portaran cua, segur.

Santi Montagud

Columnista y poeta

Conocí a Roberto por escrito en los primeros años 80. Entonces, Roberto Lanzas firmaba unos artículos muy valientes en los que criticaba sin disimulo los desmanes que ya se empezaban a cometer desde la Generalitat de Pujol. Creí que Roberto Lanzas era un abogado de unos cuarenta años, bien informado, ilustrado en Historia y valiente en todos los sentidos.

Las cosas en la Revista cambiaron. Juan Viñallonga pasó a ser el jefe, mi jefe. Y muy poco después, en 1982, Juan me presentó a Roberto Lanzas. No era un abogado cuarentón, sino un periodista de mi misma edad. Yo hablaba mucho, como casi siempre, y él escuchaba. Me cayó bien. Supe que iba a hacerse cargo de la dirección del Vallès, con Juan a su lado como redactor-jefe.

Y pasaron los años. 30 y un día, según nuestro camarada director. Mucha agua ha corrido bajo el puente, que dice la película de turno. Roberto ha sido y es el periodista más importante de Granollers: el mejor informado, el más leído, el más influyente, el más temido. Solamente él puede contar a fondo la vida de nuestra ciudad, porque solo él conoce todos los detalles en profundidad. Roberto fue testigo y protagonista siempre. Fue notario de la actualidad, en célebre expresión de José María García.

Yo no soy periodista, pero con Roberto Giménez como director llegué a ejercer el periodismo durante diez años. En 1986, cuando Juan Viñallonga se fue a Gerona, Roberto me hizo su jefe de redacción. Tuve mucho miedo al aceptar, pero él no. Ejercí el cargo hasta el 14 de febrero de 1989, cuando el avi Sitjes rompió en pedazos mi portada con mi noticia. En febrero de 1990 llegaron las lluvias. Roberto me escribió tan claro como él lo suele hacer: no aprobaba lo que se decía que yo había hecho. No se lo esperaba de mí. Decepcionado, mantenía los lazos de amistad que nos unían.

Y de estas... las que quieran. Roberto Giménez es una de las tres personas más importantes de Granollers en los últimos 35 años. Si se hubiera plegado al régimen pujolista, las medallas no cabrían en su casa. Pero no se plegó, y por eso su grandeza es todavía más valiosa. El caso es que nunca ha buscado ni busca la grandeza, ni pretende ser generoso -lo es, y mucho-, ni ha querido ser protagonista de nada. Roberto es así, aragonés y catalanamente así.

No ha buscado liderar un numeroso grupo de personajes variopintos, cada cual hijo de su padre y de su madre, pero nosotros, sus amigos, camaradas, discípulos, admiradores y colegas en esto del Periodismo hemos visto en Roberto Giménez su madera de líder. Camarada-líder, para mí, y amigo del alma a quien nunca podré pagar lo muchísimo que le debo. Él no me va a exigir nada, ni a mí ni a nadie, porque es un líder de los buenos.

José Cañas Escamilla

Ex redactor Jefe de *REVISTA DEL VALLÈS*

Redactor Jefe de *EL VALLÈS DEL S XXI*

Me asombra la capacidad de recordar de Roberto Giménez. Cualquiera que crea saber “la” historia de las tres últimas décadas en el Vallès Oriental, debería plantearse adentrarse en estas Memorias. Su capacidad de asombro, quizá de estupor, será continuamente puesta a prueba.

Jonathan Gelabert

Guionista de TV

Nos hallamos ante una obra imprescindible no sólo para conocer la biografía de Roberto Giménez, sino para descubrir la historia y los entresijos de Granollers y su comarca en los últimos treinta años.

Desde el compromiso con la sinceridad y la verdad, mediante una escritura fresca y directa, Roberto recurre a la memoria para narrarnos en primera persona su actividad como director de *La Revista del Vallès*, fraguada de vivencias y anécdotas que no nos dejarán indiferentes, alimentando nuestro cariño por su persona y por el medio de información que dirigió.

A pesar de nuestras diferencias políticas y futbolísticas, nos une una gran amistad, fruto de nuestro amor por una profesión en decadencia y le agradezco públicamente que haya contado conmigo en el papel de *Fiscal*, ya que he disfrutado mucho recordando acontecimientos vividos como fotógrafo de la Revista, o descubriendo los asuntos turbios de la sociedad vallesana que desconocía.

Josep Garcia

Fotoperiodista editor de *El Periódico*

Pocas poesías habrá nadie leído que lleven mi firma. Y es que siempre he tenido un gran pudor para hacerlas públicas, porque nunca he creído en mi habilidad para escribirlas. Lo mismo me sucede cuando tengo que redactar unas líneas para hablar de Roberto Giménez. Me comparo con un colegial que se ve obligado a hacer una crítica sobre la obra de Cervantes.

Quien me conoce sabe que amo el periodismo comprometido, como el que ha vivido, durante casi 30 años, Roberto. Pero he de reconocer que, yo, no hubiera sido capaz de asumir la terrible presión de dirigir de la manera que lo hizo él, esa magnífica publicación que se llamó “Revista del Vallés”.

Cuando propuse a Roberto para que fuera mi jefe en la revista, lo conocía lo suficiente para saber que no iba a tolerar ser un director de paja, a pesar de su juventud, pero él también sabía que yo le iba a ser leal, por dos razones: una por camaradería y amistad y, otra, porque sé reconocer la autoridad.

Porque Roberto ya era una autoridad para mí, antes de que fuera mi director. No porque tuviera ningún título ni ningún cargo en lugar alguno. Pero tenía talento y personalidad, y lo que hoy está de moda decir: valores. Iba siempre de cara y era previsible siempre. No se rajaba ante el fuerte, no temía al poderoso, no se arredraba con nadie.

De él me dijo una mujer que era un caballero. Un caballero andante, el de la frágil figura, añadiría yo. Pero no como el tal Don Quijote, sino un compendio de la valentía del ingenioso hidalgo y del sentido común que atesoraba Don Sancho, pero sin sus debilidades materiales.

Al cabo de los años, Roberto sigue siendo el mismo, otros hemos cambiado, pero, afortunadamente él no. El sigue siendo fiel a su vida y a su trayectoria, a pesar que, probablemente

por su amor al trabajo, se le ha acelerado esa enfermedad que no merece.

El Vallés Oriental debe mucho a ese gran periodista. En mi opinión es el más grande que ha tenido nuestra comarca en toda su historia. Y hablo con conocimiento de causa. Claro está que ha sido una persona incómoda, y sobre todo, que nunca se ha dejado llevar por los intereses y no ha pertenecido en ningún momento al poder establecido. Eso, lo sabemos todos, le ha impedido siempre gozar de los premios y favores de las instituciones públicas. Yo creo, sinceramente, que esa es su mejor medalla.

Ha sido un periodista rebelde, crítico, valiente, duro. Y ha sido, es y seguirá siendo una persona buena, caballerosa y decente. No ha olvidado su querida Lleida natal, pero ha aprendido a querer nuestro Vallés Oriental. Ha encajado con personas con un perfil y unas ideas muy distintas a las suyas como García, Cañas o Montagud. La única condición para llevarse bien con Roberto era no ser una persona sectaria, ni defender intereses espúreos. ¡Que quieren que les diga! Roberto es amigo mío, pero no es la amistad lo que me hace escribir en estos términos, sino un auténtico sentido de la justicia.

Juan Viñallonga

Editor y Director de *EL VALLÈS DEL S XXI*

LA CONFESIÓN DE UN DIRECTOR

“Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único.”

Ágatha Christie

Yo, Roberto Giménez Gracia, hijo de Javier y de María, nacido un día de octubre de 1957, español y catalán, de DNI y corazón, leridano de nación (en honor de Cervantes, para quien la nación es el lugar dónde se nace), de fe católica y de política un romántico desengañado, y desde hace casi cuarenta años hijo de *Granolleig*, a la que siento como mía, quiero CONFESAR en esta carta de despedida como director de *Revista del Valles* después de *Casi treinta años y un día* de condena ininterrumpida; que durante todo estos años me he equivocado más veces de las que hubiera querido, y por ello pido perdón, a los que están y a los que ya no están, pero sólo os he mentado una vez (mentir es faltar a la verdad adrede), y no hace mucho: el último día de febrero de 2011, cuando escribí el Reportaje que voy a reproducir ampliado como explicación de porque hoy os digo, con tristeza y unas gotas de melancolía, adiós.

UNA ENFERMEDAD RARA

El lunes, 28 de febrero, es el Día Internacional de las Enfermedades Raras, un tipo de enfermedades neurológicas que afectan a pocas personas y que por eso no son objeto de investigación por parte de la industria farmacéutica. Son enfermedades sin tratamiento ni cura. Muchas se conllevan, otras matan. Esta que les quiero contar es una de esas historias personales. Protagonizada por una persona pública de la ciudad, pero cuyo nombre no revelaré a petición propia. La razón se explica al final del artículo.

Todo empezó a mediados de mayo de 2009. O al menos entonces fue cuando tomó conciencia de que algo no iba bien. Es periodista, volvía de una conferencia de Ramón Roca (*Grupo Ros Roca*), organizada por el Cercle d'Empresaris en la sede patronal de la avenida de Europa. Le habían llevado en coche, pero volvió paseando, al atardecer en primavera un paseo es un goce de los sentidos, especialmente para la vista y el olfato. A medio camino de vuelta (había andado algo más de un kilómetro), sintió un repentino cansancio y un leve ladeo del cuerpo hacia la izquierda. No le dijo nada a su esposa al llegar a casa. A la mañana siguiente pidió hora a su médico de cabecera de la Mutua del Carme, el doctor Ramón Velayos.

—*Doctor, no soy hipocondríaco, pero creo que tengo algo, y nada bueno...* y le explicó que su padre, fallecido hacía diez años, había sido diagnosticado de Parkinson, pero nunca respondió

a la medicación. Que en su familia había antecedentes de una enfermedad *rara* no diagnosticada, pero que tenía un denominador común: afectaba a la movilidad (las personas acababan en silla de ruedas) y una severa atrofia en el habla: tartamudez. La experiencia familiar le ilustraba más que cualquier consejo médico: diez años entre el inicio del proceso y la muerte. Si la enfermedad se confirmaba el tic tac había empezado su macabra cuenta atrás, aquella acerada sentencia machadiana de *todas las horas hieren, la última mata*. El jefe de la estación había bajado la banderita roja dando el pitido de salida. El convoy de la muerte no viajaba en el *Ave*, pero sí en un expreso cuya locomotora era tan fiable como una *Siemens* alemana con la puntualidad de un reloj suizo.

La exploración del doctor Velayos fue aséptica y tranquilizadora: no veía nada anormal en la reacción refleja de un martillo golpeando la rodilla, los tobillos y las articulaciones de los antebrazos, pero dados los antecedentes familiares le envió al doctor Josep Martínez. Éste repitió la prueba siguiendo el protocolo de todo neurólogo y tampoco observó ningún síntoma patológico en la exploración visual. Una resonancia magnética cerebral y un electromiograma, pensó, descubrirían algo o descartarían lo que fuera. Sin embargo, el resultado tanto de una prueba como de la otra, fue negativo. No había ningún piloto en ámbar.

Las pruebas podían decir misa, pero la cojera de la pierna derecha cada vez era más renqueante, así que volvió al doctor Velayos y éste le aconsejó que fuera a la visita privada de un colega de prestigio, el jefe de neurología del Hospital del Mar, porque tenía un buen *ojo clínico*, le dijo. *El ojo clínico* no es una asignatura que se estudie en la Facultad. La experiencia y esas cosas innatas, como la intuición y la inteligencia, se aprenden en la universidad de la vida. Y ni eso es seguro: la mayoría de

los médicos se jubilan sospechando que el *ojo clínico* es una leyenda médica, o cosa de curanderos. Tengo una teoría que molesta a las nuevas generaciones de galenos: a mayor precisión del utillaje técnico, mayor imprecisión para saber por qué los órganos se enervan. No porque los médicos sean más tontos, sino porque se fían más en los adelantos técnicos que adentrarse en los secretos del cuerpo humano; que el funcionamiento del corazón, o la médula, no han cambiado desde los tiempos del cromañón.

Habían pasado seis meses desde cuando decidió contárselo a su esposa (con ella disimulaba el paso). No quería preocuparla, pero tenía derecho a saber lo que le estaba pasando. Los secretos compartidos son más llevaderos. El propio Velayos le sugirió que ya era hora de que la mujer lo supiera. Fue su consejo terapéutico-conyugal.

El *ojo clínico* del jefe de neurología del Hospital del Mar tampoco descubrió nada anormal. La resonancia magnética craneal era la de una persona sana y joven (la juventud que se le supone a un hombre de cincuenta años que no ha fumado, que no bebe y que la única droga que ha conocido, y ama, es su profesión). Solicitó una analítica para comprobar si detrás de este proceso se escondía una fibromialgia. Descartada. Pero pasaban las semanas y la sensación que tenía era de que *“hoy estoy peor que ayer, pero mejor que mañana”*. No había diagnóstico y, por lo tanto, tampoco medicación. Así las cosas, acudió al Hospital Clínic de Barcelona, donde doce años antes habían ingresado a su padre para investigar las causas de su misteriosa enfermedad, buscando en el Parkinson una explicación que no era. Le tocó el neurólogo Esteban Muñoz. Pruebas y más pruebas: inoculación de isótopos radiactivos para determinar la afectación cerebral, electromiografía muy específica, y nada.

El responsable de la EMG del Clínic le confesó:

—*En casos como el suyo nos damos cuenta de lo poco que sabemos.*

La máquina indicaba que los impulsos nerviosos respondían bien, pero entonces ¿Por qué el hombre cojeaba sin que le doliera nada? Descartado el Parkinson: ¿Ataxia? ¿ELA? ¿Paraparesia?. En realidad la paraplejía es un saco en donde se meten todas esas enfermedades neurodegenerativas que no están clasificadas? Es un pozo ciego.

El neurólogo del Clínic, nervioso tras una larga hora de exploración no sabía qué decirle. El paciente con flema inglesa le sacó del apuro:

—*Me gustaría que Ud. estuviera en esta silla, y yo en la suya, pero entiendo que es una ‘putada’ que un médico le tenga que decir al paciente que no sabe lo que tiene.*

El especialista que no se esperaba esas palabras, quedó desconcertado, y como si le quitara un peso de encima, contestó:

—*Tiene toda la razón, no sé lo que Ud. tiene...*

Aquel verano del 2010 sabía que era lo que tenía antes de tener un diagnóstico oficial. Desde que había cumplido los cincuenta años notaba que al levantarse de la butaca de su despacho, después de haber estado toda la santa mañana sentado, tenía las piernas acartonadas, como si les faltara lubricante. No le había dado importancia, pensando que era lo normal cuando se cumplen los cincuenta. Que, como dice la broma, *si a esa edad nada te duele, es que estás muerto*. Así que optó por hacer un poco de ejercicio. Por la mañana, antes de ir a trabajar, paseaba a su perrita faldera subiendo los 98 escalones de la escalinata que lleva a lo más alto del mirador de la Font Verda. Dejó de utilizar el ascensor de su edificio y de todas las casas por elevada que fuera la planta. Aquel agosto de 2010

se prometió que iba a practicar el deporte que había olvidado. Citaba una frase de Al Pacino: *Cuando me entran ganas de hacer deporte, me siento en el sofá hasta que se me pasan.*

Aquel agosto al atardecer cogía la bicicleta, y se hacía veinte piscinas por la mañana. Y al bajar de la bici o subir de la piscina se encontraba que tenía las piernas más rígidas... Es decir, que su problema no era de falta de ejercicio. El origen no podía ser otro que el que había afectado a su padre y a dos de sus tías, de origen desconocido pero neuronal seguro. No hay que ser ningún sabio, basta el sentido común.

Lo único que no encajaba era la gran putada: esos primeros síntomas habían despertado con casi veinte años de adelanto. Dicen que el tiempo corre hoy más deprisa que ayer, joder, pero no tanto!

Después del verano de 2010 le dieron el diagnóstico definitivo. Era por descarte: *el pozo ciego*. Todas las pruebas salían bien, pero cada vez estaba peor, tanto de movilidad como en el habla. Así, que se echó mano del vademécum familiar y caso cerrado:

—*Paraplejía espástica familiar (PEF). De origen genético. No tiene cura.*

Era lo que temía desde el primer día que visitó a su médico de cabecera. Así que solicitó que se le hiciera un estudio genético para conocer los genes mutados. La respuesta del neurólogo del Clínic es que en España no se hacían estudios genéticos del PEF. Según él, no valía la pena, porque no tenía tratamiento.

Lo de la silla de ruedas era solo cuestión de tiempo. “*No le puedo decir cuánto, depende. Quizás veinte años...*”

Esta frase le dejó lívido. Se la tomó al pie de la letra ¡A los setenta años en silla de ruedas! Ahora sabe que multiplicó por

seis esos veinte años, porque si le hubiera dicho tres, el enfermo no es que se pusiera lívido sino que allí mismo le da un patatús. Que pasar de estar bien a saber que no vas a caminar, y conocer la cuerda que te queda de vida, es un trago que no se puede administrar en una sola dosis, si no quieres que el condenado se te muera en la visita.

Reúne a sus amigos de veraneo en Calafell, y como quien cuenta un chiste les dice:

—*Tengo dos noticias que daros: una buena y otra mala. La buena es que no me han encontrado nada. No saben porque voy cojo. La mala es que lo que tengo no se cura.*

—*Roberto, lo cuentas no es ningún chiste*, soltó Pascual. El resto quedó sin palabras, pero a Pepe se le nublaron los ojos.

Tres meses después, el día de Reyes por la tarde cuando ya se había acabado las fiestas navideñas, informa a su hermano y [*por separado*] a los cuñados, la mala nueva, con esta petición: que no se lo digan a su madre ni a sus suegros. Con 80 años cumplidos no tienen que saber nada, porque no se trata de una enfermedad galopante, sino neurodegenerativa que le irá laminando el organismo lentamente. Su madre hacía diez años que había quedado viuda. Bastante había sufrido con los nueve años de enfermedad de su marido para saber que su hijo mediano repetirá su *déjà vu*.

—*Cualquier persona tendría una depresión de caballo*, le dijo un médico, ya no recuerda quién. Son tantos los que visitó hasta que arrojó la toalla.

—*Ya, pero además de disfrutar con mi trabajo, yo soy creyente...*, le contestó.

El enfermo se cogió a su profesión como si fuera la tabla de salvación que no era; pero, volcándose más en el traba-

jo, pretendía olvidarse de lo que le venía encima. Y lo que le caía lo sabía perfectamente, porque aunque los médicos digan que no hay enfermedad sino enfermos, sabía que no iba a ser mejor que su padre. Un padre que nunca se quejó, sino que aguantó la enfermedad con un estoicismo espartano. La vela de su vida se le fue consumiendo lentamente sin que nunca maldijera su mala suerte. Javier era un hombre de la generación de hierro. La de los hijos de la guerra.

La esposa del periodista, que como el ángel de la guarda siempre ha estado a su lado, busca y encuentra la Asociación Nacional de una enfermedad tan rara que en Europa sólo afecta a cuatro de cada cien mil personas. Leyendo esta estadística nuestro protagonista bromea: *“es más fácil que me toque el gordo de Navidad [y sólo juega un número], que tener esto”*. Y lo remacha con gotas de humor negro, como si la cosa no fuera con él: *“es como si un loco entrará en Nou Camp lleno hasta la bandera y disparara cuatro tiros: uno me daría en la médula”*. [El PEF es una degeneración de la médula].

La mujer contacta con la APEF (Asociación Española de Paraparesia Espástica Familiar) de Madrid, y su presidente nacional, Francisco Rodríguez, le dice que en la Residencia de la Vall d’Hebrón de BCN hay un especialista en esta enfermedad, Josep Gámez Carbonell, que colabora con la Asociación. Si la visita en el Hospital Clínic fue de tres meses de espera, la de la Vall d’Hebrón, una semana. Y el propio médico dio instrucciones a la enfermera para realizar el estudio genético que en el Clínic decían que la sanidad pública no hacía... Le dice que en un par de meses tendrá el resultado, pero el paciente no tiene esperanzas: existen cincuenta y dos genes que pueden provocar esta enfermedad, pero la sanidad pública sólo analiza cuatro que son los causantes del 40% de los casos. Si

es que esa es la enfermedad que tiene. La prueba se pierde en el camino, y se la tienen que repetir. Los resultados tardan en llegar... ¡un año! Resultado: negativo. No han detectado a ningún gen mutado.

En el verano siguiente va a hacerse unas pruebas a Zaragoza para un estudio organizado por la Asociación de enfermos (PEF) becado por el gobierno central y la UE, realizado por Fundación Pública Galega de Medicina Xenómica, de Santiago de Compostela. Estudian su caso, le piden muestras de sangre de sus tíos y sobrinos repartidos en Lleida, Huesca, Zaragoza y Pamplona, y a los dos años le informan que no han detectado el gen mutado, pero que están muy interesados en continuar con la investigación, y si les autoriza a que el estudio continúe en una Universidad de Miami, ya que tienen un convenio de colaboración. En España los recortes han dejado el proyecto sin financiación. Naturalmente les dice que sí, pero no porque crea que si descubren el gen enfermo podrán curarle. Los genes no son las paredes de un edificio sino sus cimientos. El gen enfermo ha nacido contigo, y no se puede trasplantar por otro sano como se transplanta un corazón o la médula. Hoy así es. Dentro de cien años, quizás. Pero entonces, para hacer ese hipotético trasplante, habrán tenido que descubrir el gen que juega al macabro escondite, porque el cuerpo humano tiene más de treinta mil genes. Son su ADN, personal e intransferible. Hay cincuenta y dos detectados que pueden provocar la patología, pero la lista puede ser interminable si combinan varios genes afectados. Hoy es un misterio para la ciencia. Mañana tal vez no, si avanza la investigación y la luz esclarece la actual penumbra que hace que los neurólogos vayan ciegos buscando la aguja en el pajar. Pero ese día ya no estaré para pincharme.

En los genes que recibes al nacer está escrito la última hora, la que mata que decía Machado, siempre que no sea un accidente. Eso no está registrado en el disco duro del organismo, que no deja de ser una computadora natural. En todo caso eso forma parte del destino o el azar, que nada tiene que ver con la Medicina.

La industria farmacéutica sólo le atiborra de pastillas para no vivir: relajantes para ralentizar el proceso degenerativo, pero renunció a tomarlas, porque ese relajo también afecta a la zona sana: el cerebro. Le bloquea la mente. No puede escribir, porque una espesa capa de niebla le deja en blanco la cabeza. ¿Para qué quiere vivir sin vida?

Ahora entiende a los defensores de la eutanasia...

Ese lunes 28 de febrero (2011), Día de las Enfermedades Raras, recibe vía e-mail de Houston, el puyazo final: el Dr. Carles Vallbona ha consultado con neurólogos norteamericanos de su confianza, y éste es el final de su misiva que le llega a través de la periodista Montserrat Ponsa:

—*La cosa no es esperanzadora. Siento no poder darte buenas noticias.*

Como la medicina lo ha puesto en un callejón sin salida, recurre a la alternativa. Va a Pozuelo de Alarcón, el Sant Cugat de Madrid, para que le visite Yercó Pétar Ivámovic Barbeito, un neurólogo que practica la acupuntura craneal y que colabora activamente con la Asociación de PEF, con resultados positivos. Las sesiones, para ser efectivas, tienen que ser semanales. Está dispuesto a volver todas las veces que sean precisas si con la primera sesión nota mejoría. No fue así.

Otro método alternativo le lleva a BCN. La naturópata

Rosa Hernández Sales le hace una analítica de la saliva que envía a una especialista que vive en San Petesburgo, pero la rusa le advierte que va a estar seis meses de gira mundial dando a conocer su metodología holística. ¿Seis meses? ¡Una eternidad! Busca una alternativa en el laboratorio de los doctores Röck y Löbel en Baden-Baden, Alemania. A los quince días, tiene el resultado, a través de la saliva. El análisis no puede detectar el gen mutado, porque científicamente es tan posible como un milagro, pero sí le informan que nunca padecerá cáncer, porque sus cromosomas repelen la tumoración. Bueno es saberlo, pero no le inquieta esa posibilidad ante la certeza de lo que ya tiene.

Le hablan de Jacques Gaujac, un dentista francés que un día a la semana visita en Girona, y durante un año fue todos los viernes. Su técnica alternativa conseguía darle más fuerza con un método simple: que los dientes superiores contacten con los inferiores, a través de una férula dental de resina. No era ninguna pócima de *crecepelo* milagroso, pero con cuatro sesiones le garantizaron una mejoría. Josep Pineda, su ayudante, se lo advirtió de antemano: *no volverás a caminar como si tuvieras veinte años, pero caminarás mejor, tendrás más fuerza*. Si necesitas más sesiones, no las pagas. Estuvo yendo un año, porque salía más fuerte, pero el efecto desaparecía en doce horas... Un año después, desistió de la excursión vespertina de los viernes a la ciudad de los Sitios. El método funciona para todas las patologías musculares, pero el problema era neuronal: el periodista tenía más fuerza, pero eso no menguaba el proceso neurodegenerativo de la Siemens que, como buena locomotora germana, no conoce barreras que le impidan llegar a la hora de su macabro destino, el infalible *tic tac* suizo.

También probó la homeopatía y cinco sesiones de acupuntura en BCN con To Ma Trinch, un chino que aprendió la técnica de un tío suyo, estudió en La Sorbona de Paris y que en los 70 visitaba en la Mutua del Carme. Acudió a él por las buenas referencias que tenía: su currículum, origen y la experiencia de cincuenta años clavando agujas.

No continuo para no aburrirles, pero podría... Sólo intento explicar que no se quedó con los brazos cruzados, resignado. Buscó y buscó hasta que se dio cuenta que no existía el santo Grial. La salida no era un camino, sino una vía de una sola dirección, un atajo al cementerio.

Hablando de camposantos tengo una simpática experiencia: Josep Grévol un empresario amigo, supernumerario del Opus Dei, se ofrece para acompañarle al Hospital Universitario que la Obra tiene en Navarra, para que estudien el caso los mejores neurólogos. Le da las gracias por su desinteresado interés, pero le dice que lleva la mochila cargada de visitas con puertas que se cierran. Al cabo de un tiempo ese empresario le dice que le acompaña a un médico de Mataró, un neurólogo que desde hace veinte años ha cambiado de registro, un método visual que en su familia ha comprobado que funciona. El método es fácil de explicar, pero imposible de entender: mirando las pupilas identifica la patología, y da el tratamiento. Parece un cuento chino, pero no lo es.

Grévol le pide hora y le acompaña a la consulta. Van con las dos mujeres. Llegan a la hora convenida. El ojo que mira le está esperando. Entra con su mujer. La otra pareja, muy prudente, espera abajo en el coche. El chamán, ex neurólogo, le dice que le hable. Mientras habla, le clava su mirada en las pupilas como si intentara zambullirse en los misterios de su organismo. Y de repente le pide que se calle:

—*No quiero volver a oír lo que acaba de decir...* le riñe como un maestro a un alumno travieso.

Lo que le dijo no lo ha repetido nunca más: le dijo que gracias a toda la medicación naturista que estaba tomando iba a ser *el muerto más sano del cementerio*. No se dio cuenta, pero el doctor debió ver que los ojos de su mujer silente se humedecían como diamantes oscuros a punto de estallar...

—*No ve, hombre de Dios, que está haciendo sufrir a su esposa. ¿Usted es su esposa, verdad?*

—*Sí, claro que lo es*, le contestó el enfermo. Ella callada como una esfinge egipcia.

—*Mire, la enfermedad genética que Ud. tiene no puedo tratarla, lo siento.*

Le hubiera sorprendido que dijera lo contrario. Lo que sí le sorprendió es cuando le preguntó qué le debía. El doctor con ceceo andaluz, respondió:

—*No me debe ná. Yo soy como un músico, cobro si toco, pero yo a Usted no le he tocado, sino sólo le he oído...*

Le dio la mano y estrechó la suya con el afecto que se estrecha la de una persona que ha intentado ayudar, dando su tiempo y sin pedir nada, pero que ha visto en la pupila que a la *Siemens* no hay Dios que la pare.

Vuelvo al comienzo de esta historia: ¿Saben por qué no quiere dar su identidad? Su madre, 81 años, no tenía que saberlo.

Ahora ya lo sabe.

¡Malditas enfermedades raras!

Aquel Reportaje acababa con esta posdata: *Si tiene ánimos el próximo 28 de Febrero (2012) nos contará como le va...*

El siguiente 28 de febrero no conté nada. Y esta era la mentira, el enfermo era (soy) yo, y desde entonces la enfermedad ha continuado progresando y no parará hasta que consiga su objetivo... Es un mal enemigo, porque no te deja nunca. ¡y siempre se sale con la suya!

Llegado este punto no puedo continuar al frente de una actividad tan intensa y estresante como la mía, que nunca la he considerado un trabajo, sino una pasión, pero hasta aquí he llegado. Quien hace lo que puede, no está obligado a más. Y mis obligaciones han acabado mucho antes de lo que quería...

Los primeros en saberlo fueron los periodistas de la Revista. Los viernes por la mañana teníamos una reunión general para analizar la edición que acababa de salir, y programar los temas para la siguiente. Las reuniones las ventilábamos en una hora. Aquel día la reunión transcurrió normal y antes de levantar la sesión les expliqué la cosa. Mis problemas de habla eran mayores, especialmente si me ponía tenso, y la cojera no la podía disimular, pero nadie me preguntó porqué andaba renqueante. Nadie lo preguntó, no sé bien porqué, me imagino que como era el director pensaron que *cuando quiera ya nos lo dirá*. Era extraño, porque no los trataba como un jefe a sus subordinados, sino como compañeros... Nunca he mirado a un compañero, ni a nadie, por encima del hombro, Hay un detalle que lo refleja: la primera Navidad como director puse en la primera página las caras de todos los que hacíamos la Revista. En cualquier organigrama de empresa el director está arriba, pues en este organigrama estaba en medio porque el orden era alfabético. El primero era el ordenanza, el señor Arenas, yo estaba con la G entre medio, el último era quien me había fichado: Viñallonga.

Vuelvo al relato: les expliqué mi enfermedad y el tiempo aproximado que me quedaba como director.

En la sala se hizo el silencio, como si hubiera pasado un ángel. Explicar estas cosas tan duras no es una situación cómoda para quien habla, pero tampoco para quien la escucha. Se crea un ambiente de tensión que desemboca en un embarazoso silencio de sepulcro. Pasó la reacción que conozco bien: nadie dijo nada en cinco interminables segundos. El silencio lo rompió Paco Monja, el director adjunto, pero mejor que se hubiera callado. Tan pronto como empezó a hablar, se dio cuenta que había metido en un barrizal del que había salido con un color traslucido del sol que más calienta de los invertebrados, algo inusual porque si hay un hombre poco transparente es él. No recuerdo sus palabras exactas, pero perfectamente el sentido que le dio: ya que tenía esa enfermedad degenerativa, me aconsejó que dejara de trabajar y disfrutara de la vida el tiempo que me quedara...

Dicho así, suena bien; si no fuera porque era el periodista destinado a substituirme. Si eso mismo lo hubiera dicho otro compañero, parecería el consejo de un amigo que desea lo mejor para ti; pero esa sugerencia me sentó como dicen que sienta un ataque de piedra en el riñón. Tenía tantas ganas de ser el director que la oportunidad se le escapaba por la boca. O eso fue lo que me pareció. Le contesté muy serio. Mirándole severamente a los ojos y con cara del amigo que no era: me iría cuando viera que no podía continuar al frente de al Revista. Ni un minuto antes.

El lunes siguiente, aprovechando que el presidente Joan Catafal estaba en el despacho del gerente Xavier Quer, entré para darles la mala nueva. En lo personal les supo mal, y en lo profesional a Catafal también.

Unas semanas después informé a Josep Mayoral en su despacho de la alcaldía, antes de un interviú para que el alcalde explicará a Granollers sus planes para el nuevo curso político. Para mí, sería el último.

Toni Torrillas fue el fotógrafo testigo de esa confesión.

Palacio Buckingham, jueves, 11 de septiembre de 2008

Aún no lo sabía, pero los primeros síntomas de la enfermedad me llegaron a los cincuenta años: el 11 de septiembre de 2008, en Londres. El *Onze de Setembre* es mala fecha, no sólo para los norteamericanos.

El 25 de junio de ese año habíamos celebrado las bodas de plata, los veinticinco años de la tarde que floté a medio metro del cielo. Ese día le regalé a mi mujer el álbum digital (y en papel) de nuestras vidas. Me costó cuatro meses elaborarlo con fotos sacadas del archivo de nuestras familias. Un libro de diseño, marca Steve Jobs, acompañado de un CD con la música de fondo de canciones que le gustaran a mi mujer.

Al libro le faltaban un par de las mejores fotos de la boda por culpa, a partes iguales, de mi falta de previsión y del pasotismo de mi hijo quinceañero. Le pedí que pidiera a su madre el libro de la boda que guardaba como oro en paño en el joyero de sus sentimientos.

El secreto del éxito de un regalo está en la sorpresa. El problema era que mi mujer es más lista que el hambre, y sospecharía que algo estaba tramando en el año de nuestro veinticinco aniversario.

Los adolescentes son lo que siempre han sido: unos descuidados, por no calificarles de desastre. Una patología rosa

y tonta que se cura con el tiempo. La diferencia es que ahora el desastre dura más años que antes. Siempre lo han sido, pero los hijos de mi generación aún más. No es casualidad: es el efecto mariposa de haber vivido en el paraíso aislados del mundo real. Estos jóvenes han disfrutado en la fantasía de las sagas de los *Harry Potter*, *el Señor de los Anillos* y *las Crónicas de Narnia* que ha encandilado a toda una generación con películas fantásticas, pero que han tenido un efecto dañino para su crecimiento adulto: ha prorrogado la adolescencia diez años más de la edad natural. La desaparición de la mili y ese mundo feliz ha conseguido atrasar el tren de la madurez a esta generación que se ha hecho mayor en plena crisis y que ahora mismo se siente desnortada...

Mi hijo Alberto no encontró el momento para pedirle a su madre que le enseñara el libro de la boda, y como el tiempo se me echaba encima opté por poner en el álbum de regalo un par de fotos que tenía a mano. Las mejores estaban depositadas en el arcón secreto de mi mujer.

Ella las echó en falta el día que le puse en la tele la película de nuestra vida: veinte minutos que pasaban del blanco y negro de nuestra infancia, al color de nuestra vida en común. En la última página aparecía el regalo sorpresa: un viaje a Viena con una foto del típico palacio imperial de la capital austriaca. Mi esposa, que nunca ha sido una mujer exigente, me pidió si en lugar de Viena volviéramos a Londres, que era la capital de sus sueños, y le dije, como hacía veinticinco años, que sí. Era nuestro aniversario. Íbamos a ir a dónde deseara. Aquella foto era una idea, no una decisión. Igual que los dos elegimos París para la luna de miel, debíamos elegir el destino para las bodas de plata.

En el puente del 11 de septiembre de 2008 viajamos a Lon-

dres con los frutos de nuestro matrimonio: Raquel, con veinte años y el quinceañero Alberto. Los cuatro días ingleses nos fueron muy agradables.

He estado tres veces en Londres (una en mayo y dos en septiembre), y las tres ha salido el sol. No conozco la bruma del Támesis. Nada que ver con ese tiempo depresivo y gris que les obliga a hacer las maletas y dorar sus cuerpos de leche en las playas del Mediterráneo. París enamora, pero Londres seduce con un toque cosmopolita inconfundible: no he visto negras tan atractivas como las que pasean su palmito en Oxford Street (se me iban los ojos, como a Paco Martínez Soría, paseando por la Gran Vía madrileña, y a mi esposa complaciente no le importaba porque me decía que esas mujeres sólo se ven en el cine).

Pero ese 11 de septiembre en el Palacio Buckingham noté algo extraño. Durante cuatro horas habíamos paseado por el lujoso palacio neoclásico de la reina Isabel. El *petit hotel* construido a principios del siglo XVIII por el duque del que lleva el nombre el palacio. La reina Victoria lo convirtió en la residencia oficial de la monarquía británica. A principios del pasado siglo, el rey Eduardo VII decoró el palacio con los tonos cromáticos de la *Belle époque*, más parisina que londinense: cremas y dorados; quedaban salas originales con vistosas escayolas con incrustaciones de lapislázuli azules pero también rojas de la época georgiana, y otras con mobiliario chino que le dan el aire cosmopolita de moda en los palacios reales europeos de finales del XIX. Nos quedamos embobados viendo la historia de esa orgullosa nación, sin darnos cuenta que Alberto, nuestro hijo, había desaparecido...

Sí, tanto ella como yo disfrutamos como niños al desper-

tar el día de reyes en aquella visita en la residencia de la reina Isabel II, pero por motivos no diré que antinómicos, pero casi: a mi esposa le gusta el estilo tradicional británico de la Reina Madre y la Reina hija, con los hieráticos soldados de guardia de postal con su elegante uniforme rojo y ostentoso penacho negro. Los tradicionales taxis negros y buses escarlata de dos plantas. Las cabinas a juego con el color de las casacas y los buses. Lo que la Sagrada Familia y la Pedrera son para Barcelona. Para Neus, Londres era algo más importante que eso: encarnaba el Progreso y la Libertad, en mayúscula. Cuando nos casamos, Franco hacía ocho años que estaba enterrado en Cuelgamuros, pero en casa había tenido a un padre, hijo de su generación: de niño había sido yunque y de adulto fue mazo. Nunca levantó la mano, pero su voz resonaba como un puño cuando su esposa, o alguna de sus tres hijas, le salía respondona, y la pequeña de sus tres hijas lo era y mucho. El ambiente de Lleida le asfixiaba. Quería volar de la Terra Ferma. Casarse conmigo no sólo era una boda, sino una Declaración de Independencia. Había otra cosa menor, pero también importante: Londres es la capital mundial de su pasión: la música.

Nada que ver conmigo, ni en lo del padre ni en lo de la música: para mi Inglaterra era *la pèrfida Albión* que citó Benito Pérez Galdós en un libro de sus Episodios Nacionales. La patria de los piratas que tramó cuanto pudo contra España. Los antepasados de la reina de la residencia de Buckingham dieron patente de corso a sus bucaneros para que diezmaran los galeones que salían del Caribe cargados de plata, con destino a Sevilla, para costear las campañas de Flandes, las malquerencias con Francisco I de Francia o las trifulcas en el Milanesado.

Inglaterra apoyó a Portugal en 1640 para debilitar a Espa-

ña, y en 1713 dejó en la estacada a los barceloneses, dejando solos a los *aguiluchos*, en su lucha contra los Borbones. La única vez que nos ayudó fue en la guerra de Napoleón, porque el emperador francés, tan genio como enano, era una amenaza superior que la España de Trafalgar.

De haber vivido durante la Gran Guerra habría sido germanófilo, sin saber bien por qué. Bueno, sí: por culpa de esa historia de reiterada inquina inglesa. Aunque todas las naciones hacen lo mismo, sólo una se ha atrevido a declararlo oficialmente: *Inglaterra no tiene principios, tiene intereses*. Esta arrogancia sólo podía salir de un embajador inglés. Y no era por un arresto de sinceridad, porque no existe en Europa un pueblo más postizo que el inglés. Puedo estar en lo cierto o equivocado, como decía el primer ministro Winston Churchill, cuando le preguntaron la opinión que le merecían los franceses contestó con su flema británica y quitándose el habano de la comisura de los labios: *no los he conocido a todos para poder responder a su pregunta*. Pero eso era lo que entonces pensaba de los británicos.

Así que paseando con ojos de plato en el cogollo de la *Pérfida Albión* galdosiana mi pensamiento no podía coincidir con el de mi esposa. A ella las cuentas pendientes de la Historia le importan nada. Ya he dicho que mi esposa es una mujer demasiado inteligente, y a mi que Londres sea la capital mundial de la música me importa un carajo, que mi música clásica favorita es la Zarzuela y mis autores Falla, Albéniz o Enrique Granados. *Agua, azucarillos y Aguardiente*, uno de mis pasodobles preferidos. Ahora suena en mis auriculares el *Concierto de Aranjuez* del maestro Rodrigo. Nada que ver con John Lennon, Elton John, o los discos de vinilo de 45 revoluciones de Tom Jones, el Tigre de Gales, que mi mujercita inglesa escuchaba de niña en su casa.

No me he perdido, vuelvo a mi hijo extraviado: a un adolescente no le pidas que disfrute dos horas viendo las escalinatas de mármol, las ostentosas lámparas de lágrimas encarnadas con formas de araña, victorianas butacas de terciopelo y seda, relojes de oro depositados en consolas y muebles de caoba de las Indias Orientales, retratos de los muchos Edwards y Georges de la Corona Británica, esculturas hechas de colmillos de marfil de elefantes cazados en Tanzania a los pies del Kilimanjaro, y cuadros de los pintores flamencos, los aliados naturales de los ingleses desde los Tercios de Flandes y el Duque de Alba. Dos horas no son nada viendo *Harry Potter y la piedra filosofal*, es un exceso en casa de la Reina de Albión. En media hora iba servido.

Lo que más le interesó, como a la inmensa mayoría de los visitantes, fue el comedor con la mesa dispuesta para un banquete digno de embajadores con sus copas de Limonge y cubiertos de plata de los exquisitos orfebres de Baviera. Pero no le pidas que se relama. Así que cuando le faltó el aire buscó la salida a paso ligero y se sentó en un banco de la terraza del jardín para que le acariciara el sol otoñal, esperando a que saliera el resto de la familia. Alberto es muy independiente. No te da la lata diciendo que se aburre, pero va a la suya. No nos asustamos porque el barbilampiño no podía estar muy lejos, pero tampoco tuvimos mucho tiempo para preocuparnos porque al llegar al final del paseo palaciego una amable azafata trajeada con el uniforme de la casa real, advirtió que un adolescente buscaba con la mirada a alguien. Le preguntó si se había perdido, y le dijo que sí. Así que la empleada le acompañó recorriendo marcha atrás el palacio neoclásico. La búsqueda acabó pronto. El reencuentro llegó en cinco minutos. No habíamos tenido tiempo para asustarnos.

Salimos a los jardines privados mayores de Londres, bordeando el estanque artificial que recibe el agua del lago *Serpentine* del omnipresente *Hady Park*. Al salir de los jardines, bajando por una amplia acera, me sentía agotado. Lo extraño fue que esa sensación me entró de repente. Si hubiera estado en los jardines de palacio, nos habríamos sentado en un banco del parque y descansando habríamos disfrutado de aquel paisaje real, pero fue justo al salir de los jardines lleno de turistas y de ardillas, simpáticas y juguetonas; como si la reina supiera que los británicos no me gustan y me hubiera dado una patada en las posaderas para echarme de las posesiones de Su Majestad con un extraño peso sobre la espalda. Las piernas me pesaban como si en cada una llevara adosada pesas de diez kilogramos, y una mochila con otros tantos. Era una sensación de agotamiento que nunca había sentido. No hice ningún comentario, salvo que era la hora de ir a comer. Entramos en el primer restaurante que encontramos. Era un tugurio, pero me daba igual. Sólo quería descansar.

Una hora después levantamos el vuelo para continuar paseando la ciudad, pero ese cansancio había desaparecido. No volvió.

Un año después caí en la cuenta de que ese agotamiento repentino sólo había sido un aviso, el primero. Ocurrió en el viaje de mis bodas de plata. Me había casado con 25 años. A los cincuenta el gen me golpeó con el picaporte, estaba en el umbral, y no tuve que abrirle la puerta porque el okupa moraba desde el primer día en casa, dormía en la habitación de la médula. Despertó en Inglaterra, y desde ese día me la tiene jurada. Pero yo no lo sabía.

Lleida, un mes después: domingo, 5 de octubre

Un mes después iba a ver como puedo estar en un futuro no lejano. No me atrevo a poner fecha, pero sé que no muy tarde.

El primer domingo de octubre, desde finales de siglo, los *Giménez Dieste de Casa Lorente* nos juntamos para celebrar que tenemos una raíz común. De niños, nuestros padres lo hacían con frecuencia, pero en la última década del siglo XX salvo en alguna boda en cuentagotas, sólo en los pesames. Era una pena que todos los recuerdos de alegría de la niñez se convirtieran en encuentros de duelos. Habíamos sido veintiún primos hermanos, veinte cuando se murió el primero, José María. Mi hermano de 11 años. Ese capítulo aviso que será duro.

En ese octubre de 2008 mi prima *Sole* tenía 65 años y hacía cinco que se le había despertado el gen *dormido*. Estaba deprimida porque los neurólogos del Hospital Miguel Servet de Zaragoza no encontraban explicación a lo que le pasaba: le costaba hablar y para caminar necesitaba un bastón. Todas las pruebas médicas le salían bien (resonancias magnéticas, TAC, electromiografía..), pero cada día estaba un poco peor. Llegó de Zaragoza a Lérida un par de horas antes del encuentro familiar anual para ver a nuestra prima Amparito que hacía cinco años que estaba ingresada en una residencia de ancianos desde que cumplió los 60 años. La acompañé con mi madre al geriátrico, porque también quería estar con mi prima, madriña de adopción y oscense de nacimiento.

A Amparito el gen maldito se le despertó a mi edad, a los cincuenta años. Como vivía sola en Madrid, quiso ingresar en una residencia de Lérida para estar acompañada por la familia. Mi prima, hija única, era soltera.

Recuerdo como si fuera hoy, nueve años antes de morir-se, el día que llegó a la casa de mis padres. Andaba con dos muletas. Al ver a mi padre sentado en la silla de ruedas en el comedor le abrazó y se echó a llorar. Mi padre que ya no podía hablar intentó consolarla, pero Amparito lloraba como una magdalena. Nunca la había visto así. Ella que siempre sonreía cuando venía a casa, no era mujer de lágrima fácil. La vida y el orfanato le habían hecho de hierro que disimulaba con el estilo de funcionaria en Nuevos Ministerios. Siempre ocultó una pena antigua y profunda. Tuvo una mala infancia y eso se arrastra toda la vida. Nunca fue feliz. Pelillos a la mar, cuando venía a Lérida se sentía feliz rodeada de tías y primos.

No entendí su desconsolado lloro, pero no tardé tiempo en entenderla: le daba pena, pero no lloraba tan amargamente por mi padre, sino porque veía su enfermedad, la misma que había tenido su madre, reflejada en el espejo de mi padre. Lloraba por mi padre, por su madre, pero sobre todo por ella. Mi padre no podía consolarla y únicamente pudo acariciarla torpemente con sus manos temblorosas, como si tuviera el Parkinson que no tenía.

Nueve años después de aquella escena dramática, mi prima Amparito era un espectro. Más amarillenta que blanca. Con una delgadez esquelética. Los músculos no le respondían. No podía tragar, hablar ni quejarse..., sólo movía unos inexpressivos ojos abiertos color ceniza. Tenía la mirada perdida. Los ojos que miraban al techo eran cuencos tan profundos que te ahogaban. La alimentación le llegaba por sonda, a través de las fosas nasales, con destino al estómago.

Nueve años antes, mi padre intentaba consolar a Amparito que lloraba a moco tendido con la pena insondable de estar mirando a su espejo. Nueve años después, la escena volvía a repetirse, pero ahora quien lloraba era la prima Sole. Las dos

habían nacido en enero de 1943, con una semana de diferencia, en Plasencia del Monte, se querían como hermanas, pero Amparito no podía consolarla. Tenía los brazos inertes. No sé si veía o miraba el techo. Lo que estoy seguro es que quería morir, pero a nadie se lo podía decir. Vivir así es una crueldad infinita. Porque el maldito gen lamina todo tu cuerpo, pero tiene vedado el paso a esa zona tan sensible donde viven los afectos, los recuerdos y los sentimientos. Sole lloraba por su prima, pero también por su madre Antonia, la misma enfermedad, y porque veía el espejo que había visto Amparito de mi padre. La eutanasia no es un crimen. El crimen es vivir sin vida con la piel esquelética echa una llaga, sin otra espera que dejar de respirar.

Hacia nueve años no entendí porque lloraba con ese desconsuelo gitano mi prima de Madrid abrazando a mi padre. Nueve años después intuía porque lloraba mi prima Sole. Pero entonces, en octubre de 2008, un mes después del primer aviso en Londres, vivía ajeno a que el mismo gen *asesino* se me había despertado... Estas experiencias tan brutales no le pasan a uno, sólo le pasan a los demás, creemos con la ingenuidad y la despreocupación con la que viven los niños. Mejor así. Pero estas cosas pasan. ¡Vaya, por Dios, que si pasan!

Me he ido de la Revista sin pena. Por eso la cita de Agatha Christie del principio. Me voy con la sensación de que he estado treinta años preparándome para el camino que ahora me espera.

La vida me ha enseñado que de los percances y las caídas, por duras que sean, y esta lo es, aparecen inesperadas rosas.

Se lo leí una vez a un poeta: *el desierto tiene rosas, también*. No es poesía, la poesía la dejé en la adolescencia. Qué paradoja: Conmigo la vida ha muy sido generosa con mis percances.

Basten dos, porque son los dos principales: Lo mejor que me ha pasado en la vida, primero es haber conocido a mi mujer; y luego ser durante *Casi treinta años y un día* el director de esta Revista. ¡Hace falta haber cumplido los 50 años para recordar el nombre de mi antecesor! Pues bien, estas dos estrellas que me han acompañado desde la juventud son hijos de dos *percances* personales.

Lleida, 10 de enero de 1980

El segundo domingo de 1980 fui a Lérida. El sábado por la noche había salido con mis amigos de adolescencia y primera juventud: Agustín Ara, José Romero, José María Rollán, Santiago Alcalde, y no sé si también José María Noria. Francisco Javier, mi hermano mayor, no estaba porque ya tenía de novia a Esther, *la chica con la que me hablo*, la presentó a mis padres, la madre de mis sobrinas de sangre: Irene y Nuria. Dos ángeles. He citado a la cuadrilla porque eran mis amigos del año de la polca (al año siguiente creamos la colla *Els de Sempre*, que es una de las más veteranas de *l'Aplec del Cargol*, que desde 1980 se celebra todos los mayos de la *Festa Major*).

A eso de las tres de la madrugada volví a casa. El cielo no sólo estaba encapotado sino que tenía ese inconfundible, extraño y amenazante color anaranjado. Las madrugadas de enero en Lérida acostumbra a ser siberianas, pero no aquella. La temperatura no llegaba a los cero grados. Estaba claro que el cielo estaba en ciernes de vomitar copos de nieve.

A las once de la mañana, cuando desperté, los tejados tenían un falso abrigo blanco, y la temperatura había descendido a cinco grados bajo cero. La nevada no había cuajado en el suelo, pero la acera de la calle era una peligrosa patina de hielo de color plateado por un cielo desfallecido. La calzada rodada por los neumáticos de los coches sólo en los agujeros había diminutos estanques helados.

Me acordé de mi *Seat 850* blanco con techo negro, de segunda mano, y lo mal que soportaba el frío de Lérida. Me abrigué, y salí a la calle sin haber tomado un vaso de café con leche, porque quería evitar lo que temía: que no quisiera arrancar. Pasó lo que temí. Ahogué el motor de arranque de tanto intentarlo. Quedé preso en Lérida con la *condena* de un día, hasta que el lunes abrieran los talleres mecánicos.

Esa *condena*, ese día de enero, me cambió la vida. Aunque no lo iba a saber hasta nueve meses después. Aquel domingo que no pude volver a Granollers, conocí a Nieves. Nueve meses después (¡joj!), un siete de septiembre, empezamos a tontear. Y a los tres años, viéndonos sólo los domingos (los sábados trabajaba en el supermercado de sus padres hasta las ocho. A y media pasaba a recogerla con el *850* de nuestro noviazgo), nos casamos en la Iglesia de San Lorenzo. En ella habíamos sido bautizados, un cuarto de siglo antes, con diez meses de diferencia.

Amores de antes. Amores de siempre.

El mío se llama Neus, siempre la he llamado *Nieves* (sólo yo la llamo así. Sólo a mí me lo permite), porque cuando le pregunté cómo se llamaba, ese fue el nombre que me dio mientras clavé mis pupilas a unos ojos tan profundos como un lago castaño oscuro. Me cautivó su preciosa cara de muñeca con una peca en el pómulo de la mejilla derecha, que parecía, parece, pintada por los ángeles o bordado por una artista: Amalia,

de soltera modista, su madre. Ni buscaba ni tenía tiempo para novias, pero sí pensé que esa chica de 21 años valía la pena, pero no para mí, que no vivía en Lleida. Así que se la presenté a mi pandilla de amigos, gente de fiar.

Ese primer día al despedimos (no quiso que la acompañara a la puerta de su casa que estaba a trescientos metros), le di dos besos en la mejilla, y pensando que nunca más la volvería a ver le dije: “*No veremos en el Cielo*”. No era nada original, así me despedía de una chica cuando creía que no volvería a verla. Sorprendía, y les gustaba. El juego de las palabras siempre me ha ido bien; con las mujeres, también.

El futuro estaba velado.

Cerdanyola, domingo, 7 de agosto de 1976

Ese día recibí una llamada telefónica que me marcó.

El segundo *percanse* fue un destierro: venir a Granollers. Trabajaba en el Banco Condal a dos kilómetros de dónde estudiaba: La Universidad Autónoma de Barcelona, en Bellaterra. Me llevaba mal con el interventor de aquella oficina, y un día tuvimos un desagradable cruce de palabras. No me llevaba mal por un capricho, sino por una desgracia familiar, una pena en llaga viva: la muerte por accidente doméstico de mi hermano pequeño, de once otoños, en el año en que cumplí los dieciocho. Este lance, dramático donde los haya, lo podrán leer con detalle en el capítulo XXIV. No tiene nada que ver con las Memorias de un Director, pero me dejó huella. Lo conservo intacto en el anaquel de la memoria.

El jefe de Recursos Humanos del banco me llamó a ca-

pítulo, me dijo que en esa oficina sobraba y que tenía que cambiar de destino. No me podían despedir porque la falta era leve, que una oficina del banco no tiene el reglamento castrense. Me dieron a elegir entre dos poblaciones que había vacantes: Lloret o Granollers. Yo que tenía 18 años y era de secano [Terra Ferma], la playa me atraía como el hierro a un imán, pero elegí Granollers sin saber donde estaba en el mapa que desplegó en la mesa. De Granollers sólo conocía que tenía una fábrica de jabones, un club de balonmano con el mejor portero del mundo: José Perramón, y la Feria de la Ascensión. Nada más. Miré el mapa de Catalunya que el jefe de personal me extendió y puse el dedo índice sobre la localidad que estaba más cerca de Bellaterra. La Universidad me atraía más que las alemanas o las suecas de Lloret... Que yo había dejado mi tierra, la familia, a mis amigos, y trabajaba en el banco para costearme los estudios, en busca de mi sueño de ser un periodista de letras de plomo. Y eso es lo que conseguí durante ¡Casi treinta años como director!, gracias a ese bendito *destierro*. Por eso he escrito que los aparentes *perances* en mi vida han sido el origen de lo que más he querido. Dos amores: a una mujer y a una profesión...

Antonia, Encarna, *Magdalena*, Lorenzo, *Javier*, María, Herminia y mi padrina Asunción, y un noveno que nació muerto. Fueron los nueve hijos de la tía y el abuelo Francisco, que ningún nieto había conocido porque había muerto el uno de enero de 1936. De los ocho, mis tías *Antonia* y *Magdalena* y mi padre *Javier* heredaron el misterioso gen mutado que ningún estudio genético ha determinado [aún] como el causante de la enfermedad familiar. Eso sí, las otras cinco ramas de nuestro

árbol común me *deben* conocer que pueden estar tranquilas: saben que ninguno de sus descendientes sufrirá la enfermedad...

Este primer capítulo me ha salido muy triste. Prometo que, salvo otro inevitable, ninguno de los treinta y ocho restantes lo será; porque de mi enfermedad sólo voy a hablar en cuenta gotas. No niego que de vez en cuando se escapará una inevitable nota suelta de melancolía, porque el valor de la salud sólo se aprecia cuando se pierde. Es una ley natural, pero lo que van a leer, si tienen a bien, es la actividad de un periodista que se tomó la profesión con la dedicación que lo hace un sacerdote con su ministerio, también con sus pecados.

Ahora, para acabar, sólo contaré cómo me explicó una naturista lo que es la paraplejía espástica: el organismo es como un cuerpo eléctrico que tiene el motor en el cerebro. Lo que ordena la mente lo ejecutan los músculos a través de una transmisión que realiza la *mielina*. La mielina es como una vaina que envuelve y protege células nerviosas para que la conexión del cerebro hacia todos los músculos sea automática; el problema es que esas vainas de *mielina*, como el plástico que cubre los hilos de cobre que transmiten la corriente eléctrica, desaparecen a causa de un misterioso gen que los devora. Sin la *vaina* protectora, el impulso nervioso se bloquea y las ordenes que da el motor central, el cerebro, no llegan primero a los músculos más alejados, las extremidades inferiores, y lenta pero inexorablemente se produce un efecto simpatía que contagia a todo el organismo. Este apagón general es lo contrario a la muerte súbita. Avanza con la morosidad de caracol sin

afectar a la zona cognitiva; para ser más exacto, sólo afecta a un minúscula parte del cerebelo, al habla. Es lo que se conoce como disartria, una tartamudez que se agrava con la tensión y se atenúa si estás relajado. O cuando rezó o cuando leo en voz alta. No es un problema mecánico que me pueda curar un logopeda.

Como el gen *asesino* no está localizado, no existe medicamento que ralentice el proceso degenerativo. Los únicos fármacos que existen en el mercado son relajantes para contrarrestar la rigidez (espástica) muscular, pero no los tomé porque tienen un afecto secundario para mí funesto: me atontan. Me afecta a la única parte de mi organismo sana: la zona cognitiva. Esto es lo que me pasa, es lo que tengo, lo que he heredado. La única herencia que no quiero legar.

En estas Memorias verán que intentó ser fiel a estos tres adagios: *Prohibido aburrir*. Ha sido mi lema profesional; en lo personal: *nunca te quejes*, me lo enseñó mi padre no con palabras, era parco en ellas, sino en hechos. Y ante todo: *No te rindas*. Lo aprendí en el *verano* (verano tardío) de mi vida, escrito en la pared de una plazuela de acceso al que probablemente sea el cuadrado más bello que existe en España: la plaza mayor de Salamanca.

¡Quien sabe si este *percanse* que obliga a recluirme en casa me abre las puertas de otros mundos!

Esta es la enseñanza que me ha dado la vida contada en este capítulo que ha llegado a su fin.

SEÑOR JUEZ: ESTOS MUERTOS NO DESCANSAN BIEN EN MI ARMARIO

“Narrar lo que sientes te obliga a organizar tu historia, rebaja la intensidad emocional y alarga la vida. Y si encima hay alguien que te escucha y se solidariza contigo... Escríbelo. No tener una explicación para lo que nos ocurre lo llevamos muy mal, el cerebro no acepta el vacío.”

Luis Rojas Marcos, psiquiatra

Hoy, doce de diciembre de 2012, a las doce del mediodía es la hora astral (cuatro veces 1 y 2 suman 12) para que empiece a escribir este libro de Confesiones de un periodista; porque lo que acaban de leer fue un escrito que publiqué sintetizado el día que me despedí como director de *Revista del Vallés*. El arranque ha sido duro. No tiene un ápice de ficción. He descrito la realidad con la frialdad de un taxidermista. Acta notarial que me ha dejado dos días exánime. No es una novela; por eso, algunos *fiscales* han vertido lágrimas. Me lo han dicho, y yo no quería; más aún: quería lo contrario; que fuera un alegato a la esperanza con ese final a lo Agatha Christie. Pero ya veo

que una cosa es el propósito y otra el resultado; así que, tendré que afilar mejor mi lápiz. He tomado aire, y continuo la historia con cambio de registro. Quiero arrancarles una sonrisa. No será fácil, pero voy a intentarlo. A ver si soy capaz. Las palabras en manos diestras tienen una magia que es capaz de obrar el milagro. Veremos si tengo esa destreza.

Las Confesiones de un director empiezan con este capítulo que previamente he dirigido a personas de carne y hueso: a mi hija Raquel, cuando vivía en Londres (Tengo otro hijo, pero a él no le hace falta que le envíe nada: Está en el escritorio compartido de mi Imac), y a mi hermano Francisco Javier; es el mayor, no el único que he tenido. El otro, José María, hace cerca de cuarenta años que lo perdí. Era un niño cuando el Vecino de arriba se lo llevó como miembro vitalicio de la plantilla de sus ángeles. A mi hija y a mi hermano no les pido nada. Sólo que me lean. Están enchufados por el vínculo indestructible de la sangre. Bien es cierto que la sangre no es el único que existe; y la prueba de ello son los otros que ahora paso a nominar: nueve a los que llamo *fiscales* y una musa, la *Lectora Secreta*.

En total son doce personas para continuar con el número de arranque de una historia que no es un juego.

Esta es mi plantilla de *fiscales*: José Cañas, Juan Viñallonga, Javier Moreno, Josep Garcia, Santi Montagud, Jonathan Gelabert, Chema Español, César Alcalá y Josep Maria Pujol, y a una *Lectora Secreta* cuya identidad no conocerá hasta que la historia llegue a su penúltimo capítulo (XXXIX).

Eso sí, todos los *fiscales*, con más o menor protagonismo, irán apareciendo en el relato. Y ella, La *Lectora Secreta*, en la posdata de cada capítulo a modo de una pieza de puzzle que van a tener que descubrir, capítulo a capítulo. Un rompecabezas vestido de Carátula por entregas...

A cada *fiscal* lo he elegido a conciencia. Salvo a mi hija y hermano (el poder de la sangre). El orden de colocación está directamente relacionado con su participación en el relato. Los he elegido porque necesitaba de su colaboración, cada uno por un motivo distinto. Y esta anécdota ilustra el por qué los he necesitado:

Viernes, 7 de la tarde, víspera de la Navidad de 1988. Acabo de entregar a la imprenta el último artículo del *Extraordinario de Navidad*. Entra en redacción Rosa Collelldavall. Yo acababa de cumplir los 31 años y ella tenía algunos más, pero no llegaba a los 40. A Rosa, que era vidente, la habían bautizado como la *Bruja de Caramelo*. Alta y rubia, voluptuosa y sensual, juguetona y picara, tentadora y lasciva sacada de un fotograma de Tito Bras. Era la tentación de Eva en el sentido más carnal de la palabra. Tenía el pecado en la boca, y la mirada de la primera manzana. Aquella tarde llegó cargada de paquetes navideños. Se sentó en la butaca delante de mi mesa, dejo caer los regalos al suelo y, jadeante, me espetó como era ella, a lo bruto:

—*Estoy hecha polvo, ¡necesito joder!*

No recuerdo lo que le dije, pero sí que miré a su hijo, un niño de unos 10 años que se había quedado de pie en el zaguán de la antigua redacción.

Bien, eso es lo que recuerdo. Pero el redactor jefe de entonces, José Cañas, recordaba el lance, pero no la presencia del niño, y yo tampoco la presencia de Cañas. Es el punto débil que tiene la memoria: es selectiva, olvida lo que no le gusta... Freud diría: eso es porque te hubiera gustado estar solo; y yo le habría respondido al psicoanalista: Entonces ¿qué coño pinta el niño en mi recuerdo? Ni de la memoria ni del psicoanálisis te puedes fiar...

Os necesito porque no quiero mentir y quiero hacerlo bien. Cuanto quien es quien, cuando lleguen al último capítulo a todos habrán conocido. Es mi desiderata.

Al *fiscal* José Cañas Escamilla le he dedicado dos capítulos (XII y XIII). Fue el redactor jefe de la Revista cuando el Vallés era una levadura colocada en el horno. Hombre de tres **c** y si añadido la de **Correos** hasta cinco o más: comunista y cordobés de **cuna**, de un ingenio desbordante digno de haber fichado por La **Codorniz**, la *Revista más audaz para el lector más inteligente*. Carolina Cariño, una correctora venezolana que leyó sus capítulos, los definió como *brutales...* Me gustó el calificativo. Los venezolanos, junto a los colombianos, son los que mejor manejan la lengua de los conquistadores. Lo clavó.

El mayor enemigo que Cañas tiene es él. Eso sólo se lo puede decir un amigo.

No he dedicado ningún capítulo al *fiscal* Juan Viñallonga porque como la hogaza, la sal, y la pimienta son ingredientes platos y pucheros de esta cocina. Juan fue el culpable de que el *Vallés* me fichara. Aunque sólo sea por eso tengo contraída una deuda perpetua. Las pago todas. Pero su mejor activo no es ese viejo débito, sino que nadie como él encarna la historia de la Revista. La mamó en casa, vía paterna. Y por eso decidió en el verano de 2013 que una Revista de 72 años no podía colocarse en el ilustre nicho de las cabeceras muertas. Y dio el toque de arrebató para que contra viento y marea naciera su legítima: *El Vallés del S.XXI*.

El *fiscal* Javier Moreno Oliver tiene un capítulo (el XI) que cuando lo leyó la correctora venezolana quedó enamorada del doctor en psicología. Este pedagogo una hora después de haber leído el capítulo anterior, me envió un e-mail tan médico

como escueto: *Refleja serenidad, valentía, madurez y equilibrio emocional. Es genial.* No lo he elegido por sus dítirambos ni por la amistad depositada en roble francés de antigua crianza, sino porque antes de ser nombrado director de la primera prisión creada por la Generalitat en Can Brians, a principios de los 90, había firmado los mejores reportajes de investigación que he publicado durante mis *Casi treinta años y un día*. Treinta años después envía cada mes a *El Vallès del S. XXI* un reportaje de conflictos sociales que luego se publica en revistas especializadas.

A Garci, el *fiscal* Josep Garcia, en la redacción de *El Periódico* en el que trabaja como fotógrafo y editor le apodan el *El Tigre del Vallès* no sólo por su audacia sino por su éxito en la *caza* femenina. Le he dedicado el capítulo XX que cuando los *fiscales* más sátiros lo leyeron convinieron que era el más cínico y divertido, porque es el relato de un hombre al que la vida, y las mujeres, le han guiñado el ojo. Es un donjuán contemporáneo que cuando va de cazador desconecta el enorme corazón que esconde a las mujeres... pero no lo he elegido como *fiscal* por ese Sabina que lleva tatuado en su ADN, y que tantos hombres envidian, sino porque siempre he visto en su nervio y mirada brillante, el amor por la profesión que compartimos. El ansia del heroinómano con su dosis de ricino.

Con el *fiscal* Santi Montagud, como Garci en mis antípodas políticas, me une el toque etéreo y místico del librepensador. Para ser amigo mío no se tiene que pasar por el filtro ideológico, la conexión se establece por vías menos convencionales. No existe el amigo perfecto. Quien lo busque se quedará solo. De los amigos busco la complicidad. Que me entiendan, que pueda ir a la guerra con ellos. Santi cumple *casi* estos requisi-

tos, y uno más: le pierde las letras. Le he dedicado en capítulo XVI que tenía que titularse *Duelo de Esgrima*, porque con él estrené una sección inédita en la prensa: un director batiéndose en duelo con su columnista estrella. Unas epístolas que despertaron el interés de la ciudad leída: los míos y de los suyos. Me manejo bien con las palabras, de hecho he vivido de ellas, pero no soy poeta. Santi es el mejor poeta que tiene Granollers. Si no lo es, no conozco a otro mejor.

Ahora me toca hablar de *Athos*, el *fiscal* Jonathan Gelabert, eligió el nombre del primer espadachín de *D'Artagnan* en nuestro juego de *Milady y los Tres Mosqueteros* con el que tuvimos asaz entretenidos a nuestros lectores en mi última primavera de director. En las Memorias hay un capítulo dedicado a esta iniciativa, también inédita en la prensa. Al Vallés no le faltó originalidad. Pero a parte de ese capítulo, he escrito otro, el XIV, que su título es la mejor definición que puedo hacer de él: *Athos o la confianza de tener las espaldas bien cubiertas*. Lo de ir a la guerra y no estar pendiente de quien tengas en retaguardia... En ese capítulo deberán decir quien tiene la razón, él o yo. La modestia natural que tiene ha impedido sacar a relucir las virtudes que atesora como guionista, creativo y escritor...

De Chema Español no he escrito ningún capítulo, pero lo he necesitado como *fiscal* por diferentes motivos: ha estado quince años como corresponsal. Durante el tiempo en que tuvimos la sede de Mollet estuvo al frente de ella. De Chema me fio porque es una persona que siempre está cuando lo necesitas. No te pide nada a cambio. La relación es de amistad y lealtad (es el denominador común). Hubo un momento crítico que estuvo en un tris de dejar la Revista por falta de entendimiento con el redactor jefe; restablecí la situación cuando

me convertí en su contacto directo. Chema es abogado, y me asesora en todo lo que un profesional puede aconsejar a un lego en Derecho. Me ha sido un bastón muy útil. Otro hombre de mi confianza en esta Santa Hermandad.

Elegí al *fiscal* César Alcalá por razones distintas. La primera: así como casi todos son amigos de antiguo, que han vivido mucho de lo que yo he vivido, César es un amigo de nueva horma. Lo conocí en el 2005, cuando publicó *las Checas de Barcelona*. Vino a la Revista, tuvimos una larga entrevista y hubo flechazo. Hace cuatro años me pidió este consejo: si tenía que aceptar la propuesta del PP de presentarse candidato a la alcaldía de La Roca. Le dije que no. Quedaría marcado políticamente y no le ayudaría si aspiraba a vivir de sus libros (ha publicado la friolera de cuarenta y cinco, y seis opúsculos). No me hizo *puto* caso, pero un ex alcalde de la Roca (Joan Pujol) que fue alcalde con los socialistas y los convergentes, me decía que si se presentara por algún otro partido que no fuera el PP, La Roca lo elegiría por mayoría absoluta, sin discusión. Vamos, que contactó tan fácilmente conmigo, porque tiene esa conexión natural con la gente. El día de la cena de Homenaje que mis amigos organizaron en el Hotel Ciutat de Granollers, mi cuñada Esther, me preguntó quien era ese hombre que me hablaba con tanto cariño. César Alcalá.

El último de los *fiscales* elegidos es Josep María Pujol Artigas. De los nueve es el hombre más conocido no sólo en la comarca, sino en Catalunya y España. Su elección tiene un sesgo radicalmente distinto. Es una persona con un prestigio en el mundo empresarial. Fue uno de los siete empresarios catalanes convocados en un almuerzo por Artur Mas en las vísperas de ir a la Moncloa para pedirle al presidente Rajoy el

concierto económico para Catalunya. Josep Maria Pujol, *Creu* de Sant Jordi, es el presidente de *Ficosa*, la única multinacional española de componentes para el sector automovilístico y, entre otras, del patronato de la Universitat Internacional de Catalunya. Supernumerario del Opus Dei. Un amigo tardío que tiene su protagonismo en el capítulo XV de mi confesión religiosa. Lo elegí como *fiscal* no sólo porque es una persona excepcional, sino porque con él en la Santa Hermandad, el grupo asciende un peldaño. Estoy en buena compañía. Mejor imposible.

A los nueve os he elegido: unos (Javier y Juan, José y Josep y también Chema), porque habéis estado a mi lado y, como habéis podido comprobar, la memoria traiciona, y necesito de vuestro toque cuando eso ocurra; de otros, busco de su experiencia en la escritura: el consejo, las bridas y el freno cuando el caballo a galope se me desboque, y que me den un coscorrón si el ritmo de la escritura se columpia con tonterías que a nadie interesen (A César, Santi y Jonathan). De otro, porque en un momento de la vida me recordó que existe una luz que da sentido a todo (Josep María). O cuando pise una piel de plátano y ensucie, no fije o mal diga una palabra de la Real Academia de la Lengua a la que tanto le debo (elegí para ese menester a Pedro Gelabert, que en sus años mozos había estado en la sala de máquinas en *La Vanguardia* y *El Correo Catalán*, pero cuando vio que el relato le incomodaba decidió apearse, y su papel lo aceptó primero la venezolana Carolina Cariño, y luego el *fiscal* Cañas).

Y finalmente he buscado el cálido abrazo de la musa. Sin este elemento inspirador no hay obra que merezca la pena ser escrita.

La *Lectora Secreta*, si quieren, es un punto de coquetería,

pero no es un capricho. No lo entendía el primer corrector, Pedro Gelabert. No le desvelé el por qué. Quería observar la reacción de los *fiscales* ante este ingrediente inusual en unas Memorias; que tiene su importancia porque es un papel a la vez de intriga y homenaje; pero ese desenlace hay que esperar al final de la historia.

Hay otra cosa importante, desde el punto de vista psicológico: Durante *Casi treinta años y un día* ha estado escribiendo y a los pocos días ver que lo que escribía era leído (con críticas a veces y con halagos otras, pero era leído), respondía a esa vanidad que busca y persigue quien le da a la pluma de un teclado del ordenador. Es el precio que deben pagar quienes en lugar de vivir la vida, la observan para contarla. Extraña gente la de esta actividad mía. Pues bien, este gusto por escribir, y ser leído, crea adicción; así que, como el drogata desesperado sin la dosis diaria que le lleva al infierno, estoy enganchado y necesito ser leído, que mi trabajo no se lo quede el ordenador como si fuera mi confesionario (Jenny, mi perrita faldera, es muy humana, pero aún no conoce las letras del vocabulario y a sus 12 años ya no creo que vaya a aprenderlas).

Otra advertencia en esta previa, que es como si fuera el Prólogo de un libro en el que el autor agradece a quienes han colaborado con él. Quienes me han leído durante tantos años, saben bien que he repartido palos y zanahorias a diestro y siniestra; no tengo claro si más una cosa que la otra. En esta hora del juicio, me temo que más palos que lisonjas. Y, puesto que a uno se le tiene que medir con la misma vara que ha medido, ya tiemblo. Claro que esa percepción siempre es materia subjetiva; que la objetiva viene del exterior, de los ojos que tú no ves, pero que te miran. De quien te lee.

Así que, como católico de fe despistada, pido vuestro perdón y benevolencia. No a vosotros, los *fiscales*, que la tengo de sobra, sino a quienes van a leer lo que escribo, y que habéis fiscalizado como testigos de lo que ocurrió.

Esta última advertencia también va dirigida a quienes nunca han tenido noticia de mí y que de repente, por esa autopista del boca-oreja, les interesa por el motivo que sea (una vez una lectora me dijo que compraba el *Vallés* por la foto de los perros abandonados que cada semana aparecían... *para gustos, los colores*), estas Confesiones de un caído antes de tiempo. A unos y a los otros, a los que siempre me han leído y a los que nunca lo han hecho, os quiero decir que tengo todas las cicatrices cerradas. A Dios gracias, ninguna supura. Así, pues, no utilizaré estas Confesiones para cobrarme unas cuentas pendientes que no tengo. No voy a vengarme, ¡por Dios, que palabra tan feal!, de nadie; pero tampoco voy a callarme nada, y sé el precio que eso supone, y no me importa nada. Quien habla es mi conciencia y mi memoria. Siempre ha sido así, pero hoy es más que nunca. Tengo la conciencia tranquila, nada debo y, como quien va al confesionario, quiero explicarlo todo lo que he sabido con un solo freno, que no sólo comprenderán sino que también agradecerán. No soy, ya me gustaría, ni Gabriel García Márquez, Gay Talese o mi maestro en el oficio Indro Montanelli (de quien interesa conocer hasta los detalles nimios de su vida profesional y personal), porque han sido siempre, palabras mayores de este apasionado oficio de ayuntamiento de letras. Soy Roberto Giménez, un desconocido fuera de mi comarca, que ni siquiera puedo tener un dominio con mi nombre en Internet. Por esta razón, lo que explique tiene que tener la dosis suficiente de interés y ritmo para no acabar jugando una partida al solitario; y como tengo el oficio bien aprendido, espero conseguirlo.

En el fondo, sólo pretendo sacar las sábanas a secar al sol. No soy un exhibicionista, pero, si lo quieren decir así, bien puedo afirmar que estas Confesiones van a ser un *striptease* (que demodé suena el galicismo). Lo que tengo claro es que es altamente improbable que Tarafa Editora de Publicaciones SL, la empresa Editora de Revista del Vallès, me lo publique. Probablemente ya no exista cuando esta historia llegue a su punto final.

Una vez empiecen a leer los capítulos creerán que tengo una memoria prodigiosa, porque detallo conversaciones y escorzos de hace muchos años, pero no les quiero engañar. A veces he pensado que tengo la memoria de un pez. Que olvido lo que anteayer viví, borrado en el disco duro de la memoria por lo vivido ayer. Mi memoria tiene muchos olvidos. Son fotografías guardadas en el álbum de mi vida, pero son imágenes sin guión, sueltas y desaparejadas. Lo aclaro porque no quiero engañar ni hacer ver que tengo de lo que carezco. Pese a mi mala memoria, estas historias las puedo contar porque tengo un baluarte lleno de letras: en mi ordenador los miles de artículos escritos en los últimos dieciocho años. En un anaquel de la biblioteca conservo las treinta agendas, desde 1983 hasta el 2012. Hay años que el dietario está acribillado de letras, y otras que parecen zona desértica. Conservo también el cofre del tesoro: una caja en donde iba depositando documentos que pensaba que merecían conservarse porque en el futuro podían tener más valor que ir al archivo general de la papelera. Y la cuarta pata de esta mesa de mi *prodigiosa* memoria es el papel de los *fiscales*.

Dicho todo esto ahora os pido, *fiscales*, que me contes-téis. Si aceptáis el juego (es decir que leeréis mi relato mien-tras vaya siendo escrito, y no pondréis mi correo en el spam de los malditos); si decís que sí (la musa es la primera que me lo ha dado; pero lo que me ha dicho queda reser-vado para el penúltimo capítulo), decírmelo por escrito: escueto y conciso, porque tiene que aparecer en este raro Prólogo antes del capítulo 3. Y si es que no, no os apuréis, continuaremos siendo tan amigos. Que nuestra amistad está por encima de un juego del solitario; vamos, que no es ningún juego.

Otra cosa a los lectores: decía que no es un libro al uso porque cada capítulo empieza y acaba como si de un relato independiente se tratara. Lo es, pero no del todo: cada capítu-lo me lleva al siguiente como un camino que tiene cuarenta mojones, pero cada uno de ellos tiene vida propia. Es autóno-mo, pero aconsejo no saltar los tramos en busca de alguno que os llame más la atención, porque existe un hilo conductor común. Y os puedo asegurar que todos lo son. He dejado la paja para ir al grano. Yo mismo me he sorprendido al ir tiran-do del hilo, claro que sin la inestimable ayuda de los *fiscales* bastantes cosas habrían quedado olvidados en el archivo de la desmemoria.

Los capítulos no van por años sino que son monográficos, precisamente buscando el interés y el ritmo del relato. Como en esas novelas de misterio de Carlos Ruiz Zafón que tanto gustan a los lectores desde que leyeron *La Sombra del Viento*. Antes escribió *Marina*, tan buena como la sombra en un día soleado y sin viento, pero pasó desapercibida para su actual legión de lectores. ¡Cuántas obras maestras yacen abandona-

das en librerías de viejo porque no han encontrado quien las descubriera!

No es el caso.

Permítanme que haga un recorrido sucinto por los cuarenta capítulos de estas Confesiones, como si fuera una degustación. Seré lacónico, no se apuren, pero creo que ilustrativo de lo que se van a encontrar.

El tercer capítulo les puede parecer extraño: es una conversación con Jordi Pujol. ¿Qué sentido tiene arrancar con el ex Molt Honorable evasor? La respuesta está al final del capítulo en la que cuento una pesadilla que tuve como sueño cuando era un mocoso de trece años.

Mi mujer me salvó, perdón, de ella no puedo hablar (IV) es el arranque de mi historia vital. Lo que tuve que hacer para ser periodista. Es el capítulo más breve de la colección. No es que no me costara conseguirlo, sino que no quiero solazarme en lo privado que poco importa. No quiero perder el tiempo en lo personal cuando tengo una montaña de cimas por escribir.

No puedo decir que fui detenido por la policía de Franco... ¡mecachis! (V) va de la estratagema que urdí para conseguir que el Consejo de Administración aceptara la loca propuesta del *fiscal* Juan Viñallonga de que un desconocido joven sin experiencia, recién licenciado, fuera nombrado director, saltándome el escalafón natural de no ser un hijo aventajado de las familias propietarias de la Revista. En este capítulo doy píldoras de la Granollers franquista que nunca han contado los historiadores oficiales; más que por censura, por desconocimiento.

Viaplana, ese hombre (VI) y *Operación: salvar al señor Llobet* (VII) nada se parecen entre sí, pero son los que me han permitido conocer hasta el tuétano la vida social de Granollers desde 1940, a través de los dos protagonistas. El primero: Pedro Viaplana Riera (secretario vitalicio de FET y de las JONS, fundador y gerente de la Mutua del Carme, presidente y factotum de *El Vallés* durante el franquismo). El segundo: Francisco Llobet Arnán, el alcalde que más años (17) ha estado al frente del Ayuntamiento en la Historia de la ciudad. Desvelo un secreto que sólo conocían sus íntimos y que demuestra que hay personas que están en la política olvidándose de sí mismos. Sin embargo, la lección de Llobet es una triste melodía...

Sin pretenderlo, me convertí en el albacea de las vidas de dos hombres de leyenda. Y a través de su mirada, que no la mía, cuento como ha cambiado una ciudad como nunca se ha contado, nadie la ha explicado, porque mis ojos han sido los suyos. Cocineros de esa *república* apasionante de vivir en los pucheros de la cosa pública.

Ballús, los años de plomo a la catalana (VIII), es el relato de la primera alcaldía de la democracia, la de Rafael Ballús. Llegó al Ayuntamiento con la intención de levantar la alfombra de la corrupción, matar el nido de escorpiones y llevar ante la Justicia a los propietarios de la Revista acusándoles de apropiación indebida, para someterlos al escarnio público. Llegué en ese momento en escena, en pleno fuego cruzado. ¿Qué hice? Me puse el casco y disparé apuntando a quien me disparaba. Ballús no encontró lo que imaginaba y tras siete años de gobierno, y más solo que la una, decidió dejar la política, darse de baja del partido socialista y poner pies en polvorosa. No ha vuelto a vivir en Granollers.

En *El estilo de un periodista no se busca, se encuentra* (IX), cuento el secreto del éxito periodístico de la Revista. En los 90 se convirtió en el semanario de información comarcal más leído en Catalunya. En un estudio de la Diputación de BCN decía que el 49% de los granollerenses conocía lo que pasaba en su ciudad gracias a Revista del Vallés. El por qué de ese éxito inesperado para una revista nacida al amparo del franquismo. Al llegar la democracia los *sabelotodo* lo pusieron en capilla, pero ese muerto estaba muy vivo. El secreto estuvo en el atrevimiento y su originalidad. Era atractivo. Tenía pasión y vida. Era incómodo, pero atraía porque sorprendía. Frente a una competencia gris, *El Vallés* era puro color. Podías estar a favor o en contra de su línea informativa y opiniones, pero había que estar muerto para dejarte indiferente. Y lo mejor: explicaba todo lo que interesaba a la gente. Era aditivo.

La respuesta está en el señor Albero (X), es una confesión política que les sorprenderá. Mi mujer me aconsejó que no la contara porque es un pasado lejano, pero sí importa por ser es el cimiento de mi forma de ver el mundo. Acababa de cumplir 18 años cuando murió Franco. Pertenezco a la generación que vivió con ilusión y esperanza el cambio de Régimen. Y lo viví saltando al ruedo. La vanguardia de aquella juventud era muy inquieta. Doy fe. Queríamos cambiar el mundo. Soñábamos con la Revolución, en mayúscula. Si todas las generaciones la han soñado, la mía como ninguna, porque vivíamos en una sociedad presionada que estallaba por todas sus costuras en un deseo infrenable de Libertad. Cuento unos años trepidantes, y desnudo el día que descubrí quien era el *culpable*. Casualmente fue en un kiosco, y por azar. En el fondo, este capítulo es una sesión de psicoanálisis. El retrato de una generación de cien colores.

Los mejores trabajos de investigación tienen un nombre propio (XI). Este es el primer capítulo dedicado a un fiscal: Javier Moreno Oliver. He escrito que la correctora se *enamora* del personaje leyendo el capítulo. Ya lo verán. El título define el tema. Resumen media docena de reportajes que tendrían que enseñarse en la Facultad, como ejemplo de periodismo de investigación, y los alterno con otros míos. En esta síntesis colocó uno suyo y otro mío. Hay uno de Javier que nunca se publicó. Lo califico como escalofriante, pero que ha visto la luz en estas Memorias. El mío sirvió para que primero el Ayuntamiento y luego la Generalitat, regularan el número máximo de personas que pueden vivir en los pisos patera: uno por cada seis metros cuadrados. Un tema que a principios de siglo era una avalancha humana llegada de los confines del mundo.

La historia del hombre que dio nombre a la plaza del Cony (XII) y *El día de la Pesadilla (XIII)*. Los dos están dedicados al *fiscal* José Cañas Escamilla. Los separé por exigencia de guión: el primero arranca con una pesadilla real contada en primera persona: cuarenta y dos *inolvidables* días en la galería sexta, la peor de la Modelo. Tiene un arranque que parece sacado de un momento álgido de *El Expreso de Medianoche*, pero con la peculiaridad de que no es un guión de cine. *El Día de la Pesadilla* es la narración desapasionada, contada al estilo *A sangre fría* de Truman Capote del *sacco* a la oficina de Correos de hace un cuarto de siglo (1990), que Granollers conserva en la memoria. Perdí a una mente privilegiada: la del *fiscal* protagonista de un suceso que con rabia y pena tuve que escribir. El corolario de esta crónica negra es que todo, salvo la muerte, tiene remedio.

Athos o la confianza de tener las espaldas bien cubiertas (XIV),

les va a sorprender. En principio sólo es un capítulo dedicado a un montador. El tercer *fiscal*. Pero nada más empezarlo a leer se darán cuenta que Jonathan Gelabert, *Athos*, es mucho más... En estas páginas se explica el cuando el Consejo de Administración da un golpe teatral y decide que la Revista tiene que *chapar*, y cómo, gracias a él, el Vallés pudo continuar un año más hasta que murió desangrado. *Athos* declara que me debe muchas cosas, pero yo también tenía deudas con él. Hubo un tiempo en que este hombre revolucionó la estética de la Revista. Con *Athos* en los pucheros, el Vallés vivió sus días de vino y rosas. Jonathan es pasado, pero también presente y futuro, porque es el artista que da forma al hijo del padre muerto: *El Vallés del S XXI*. Hasta el nombre es suyo.

Dios no habita en la calle de la Mentira (XV), es el más íntimo de las Memorias. Una confesión en el sentido más exacto de la palabra. En el capítulo de *Athos*, como en el cuento de Pulgarcito, voy esparciendo en el camino pistas que parecen indicar que me guían hacia el Opus Dei, pero al final hay un inopinado cambio de guión, como en las novelas de Agatha Christie en el que el negro cambia a blanco en el último párrafo; pero que, a diferencia de cómo acaba la escritora inglesa sus novelas de suspense, la puerta queda entreabierta... Y es que en un tema tan ignoto como hablar de Dios, sólo la muerte tiene la última palabra. El coprotagonista de este capítulo es el *fiscal* Josep María Pujol Artigas. Y una advertencia final: acaba mal. Tiene el peor final posible, con la muerte de un amigo íntimo. Le había planteado un imposible...

La metáfora del *Duelo entre un pirata con pata de palo y otro sin parche en el ojo* (XVI), es el duelo del *fiscal* Santi Montagud, conmigo. Yo llevo la pata de palo (silla de ruedas), pero él,

siendo un pirata, no lleva el parche en el ojo como mandan los manuales de los mares. El poeta Espronceda escribió *La Canción del Pirata* que todas las generaciones anteriores a la ESO aprendieron como un buen ejercicio de la memoria que no tengo. El poema está inspirado en el turco Barbarroja. La ‘Operación Barbarroja’ urdida, consistió en seducir al mejor bucanero de la flota enemiga (*El 9 Nou*). Les robamos la joya de la Corona, que no dio crédito a lo que veían sus ojos: el pirata asomado en nuestra columna de popa alzando desafiante su bandera negra con la calavera y dos tibias cruzadas. Y para rizar el rizo, el capitán de bergante sometió al bucanero a un peculiar *Duelo de Esgrima*. Es el relato de lo que ocurrió.

Una trilogía es *Diez más una explosiones han desangrado a un artificioero* (XVII), *Elogio a las matemáticas: la suma vale más que la resta* (XVIII) y *Mi perrita Jenny me dio más miedo que Lola y los Escamots de Terra Lliure* (XIX). Son tres escalones de una misma escalinata que me han desangrado. Hablo de mi experiencia con la Lengua, el nacionalismo y el terrorismo, en un fuego in crescendo en donde tengo las de perder porque el rival está bien fortificado en lo alto de la colina. El temerario asalto es cuestión de locos que provoca dos heridos: un *fiscal* y la misteriosa *Lectora Secreta*. No quiero jactarme, pero sabiendo que en la batalla de los sentimientos no vale el razonamiento, no soy vencido. El propio Jordi Pujol, a su modo, me dio la razón. Ésta es la bomba que esparzo con efectos retardados: en política hay pocas verdades. El requisito imprescindible es que sean universales. Que se puedan defender, y ser aceptadas, en los confines del mundo. El nacionalismo tiene una fuerza innegable porque apela al corazón de la tribu, pero intelectualmente es muy débil cuando se aleja de su territorio porque su discurso no puede apelar a los sentimientos, sino a

la razón. Por supuesto, no hablo de regiones limítrofes como Zaragoza o Castellón, sino de París, Londres, Berlín o Roma; porque extramuros nadie entiende que la zona más próspera de un reino pueda alegar que la Corona la explota. La riqueza que genera su tejido industrial sin necesidad de palabras desmiente al Verbo.

El Tigre del Vallés (XX) y *las Mujeres que viví y también las que no quise vivir (XXI)*. Aparentemente son dos capítulos antagónicos, pero uno es el que lleva al otro. El del Tigre algún fiscal rijoso me dice que es el más divertido de la serie. Tal vez lo sea, pero me sirve para dar por zanjado la disputa de los tres escalones que le han precedido. Por eso es aconsejable ir leyendo los capítulos en el orden numérico. Ya digo, quizás el del Tigre sea el más divertido, pero puestos a elegir en el que más he disfrutado ha sido en el de las mujeres vividas... Como en botica hay de todo: tentaciones sugerentes y otras abominables. Cuento historias protagonizadas por mujeres. La reacción más impresionante fue los ojos que una tarde de Fonda me clavó Ramón Parellada, el *amo* del Europa, después de haber entrevistado a su mujer. Un interviú que hizo saltar chispas en los fusibles de su autoritario marido y *amo*, sin tilde.

Los Enemigos Íntimos son una serie de cuatro capítulos dedicados a la *Alcaldriz Rosa Martí (XXII)*; *Las Guerras Púnicas (XXIII)* con tres ediles de ERC: Manel Balcells, Quico Sala y Jaume Profitós; el *Matador Paco Mora, 'Lorca' (XXIV)* y *la larga sombra de La Gralla (XXV)*. Los cuatro capítulos son dinamita pura, pero hay uno especialmente dramático: el de Paco Mora. No por él, un hombre que tuvo una obsesión pasajera que le duró tres años, sino por el relato de una desgracia que me ha acompañado como la sombra o el eco: la muerte de mi her-

mano pequeño. Me costó hacerlo, está escrito con jirones y desgarró, pues al hacerlo he tenido que viajar en el túnel del tiempo y volver a los cinco fatídicos días de agosto de 1976. Algún fiscal me ha confesado que lloró la noche que leyó las más tristes páginas de estas Memorias. Lo siento. Quise escribirlo para que mis hijos conocieran lo que nunca les he contado.

Paco Cuevas Vs Frederic Nadal: la extraña pareja (XXVI). Sé que este título no le va a gustar a ninguno de los dos, ni me importa. No podía escribir otro. Ese nombre me asaltó el día que barrunté un capítulo dedicado a la extraña pareja, que ni siquiera se habla desde hace una década. Han pasado el tiempo pero ese nombre no me lo quito de la sesera. Así que lo doy como definitivo. Son personas de perfiles tan distintos como el día y la noche. Están igual de cerca que el alfa y el omega en el abecedario griego, pero también tienen sus afinidades: son hombres de derechas con carácter, duros y de chequera. Este último atributo es el que les diferencia del resto de redactores del Vallès que he dirigido. Ellos pertenecen a la jet set social de la comarca. Los dos se han hecho así mismos. Uno (Nadal) fue consejero áulico del primer alcalde socialista, el otro (Cuevas) mosca cojonera de todos los alcaldes que han habido y habrán. Su feudo ha sido el Parlamento de Papel. El de Nadal, sus negocios.

Mis historias con las togas negras (XXVII). Las porfías, litigios, demandas y querellas me han acompañado durante toda mi vida profesional, como acompaña la sombra de un reo en el patio de la prisión. He sido rebelde, sí; una rebeldía a veces rayana con la inconsciencia, pero no un urdemalas: tengo la conciencia limpia. En este capítulo desfilan mis encontrona-

zos más sonados que han llevado a sentarme en el banquillo de los acusados frente a togados con semblante cabreado. Cuento una docena de casos, sólo los más ilustrativos. El periodismo es una profesión peligrosa, sin tener que ir a cubrir la guerra de Siria.

A los cuatro meses me cayó la primera querrela del Ayuntamiento, y cuando dejé la dirección tenía otras dos en el alero. *Mis historias con las togas negras* no me han abandonado nunca. Han sido mi bola de reo durante *Casi treinta años y un día*. Y ni siquiera puedo decir aquello tan donjuanesco de: *Querellas, las más bellas, ¡si son con doncellas!*

Ecce Homo no eligió a Mayoral (XXVIII), es el capítulo que retrata a Josep Pujadas (Ecce Homo), el alcalde de Granollers durante doce años, interrumpidos por la moción de censura, y también un mea culpa, porque en la balanza fui injusto con él. El corolario es que Josep Pujadas fue un buen alcalde, pero no un gran alcalde. Para serlo le faltó audacia y determinación. No la tuvo, y desaprovechó un tiempo lleno de oportunidades, irrepetible. En política hay trenes que sólo pasan una vez por la estación. O te subes o lo has perdido. Los alcaldes de Vic, Mataró, Terrassa y Sabadell, las comarcas que rodean a la nuestra, lo hicieron y ganaron un billete premiado. Por eso la actual Granollers no juega en la División de Honor. En la década de los 70, lo jugaba. Era una ciudad envidiada. Esta es la crítica que hago a un buen alcalde y una excelente persona. Pero también es el capítulo en el que hablo de su sucesor: Josep Mayoral, por eso su nombre aparece en el título. Mayoral es el gran alcalde de Granollers. Fue un descubrimiento para mí, pero también para la ciudad que se lo ha reconocido con amplias mayorías absolutas, que es la Creu de Sant Jordi que los vecinos ponen en su solapa cada cuatro años.

Los Bárbaros del norte (XXIX). En este capítulo hablo de la competencia: desde que a finales de los 80 desembarcaron en Granollers las naves de Vic, les he llamado así. Lo escribo por primera vez. Antes también hablo de dos cabeceras (*Plaça Gran* y *L'Actualitat Comarcal*) que descansan el sueño eterno del cementerio, pero es *El 9 Nou* el rey del capítulo. No hay acritud en el relato, pero es inevitable que provoque salpullidos.

Revista del Vallès ha muerto, pero nunca fue derrotada por *El 9 Nou*: el día que cerró tenía más lectores y anunciantes que su competencia. Murió porque tenía menos recursos, carecía de subvenciones públicas y estuvo peor administrada. Al final del capítulo cuento como descubrí la importancia sentimental que tenía *El Vallès*. Ocurrió siete años después de haber sido nombrado director.

He escrito dos capítulos titulados *Los Caballos de Troya*. Uno subtítuloado *Cuando Pilar dejó de ser un pilar* (XXX) y el otro *La Paranoia de JR* (XXXI). Hay un tercero: *El hábito no hace al monje, ni al Monja* (XXXII).

El primero es la historia de una decepción. Un hombre que me demostró que el 'Síndrome del funcionario' puede ser una patología transitoria. El segundo no es la historia de una decepción, sino de un loco. La crónica de una paranoia. El *fiscal* Javier Moreno, psicólogo, me ha aconsejado que lo quite porque 'hay personajes que no merecen aparecer', pero no le voy a hacer caso. Lo entenderán cuando lean el perfil de un individuo que merece ingresar en un frenopático.

El tercero tiene morbo: explico mi relación inmutable con el paso de los años, con el segundo de a bordo, Paco Monja. Y os va a sorprender el relato, porque empieza con una *invitación* suya a que deje la dirección [vete tú, que me meto

yo], por mis desencuentros con el presidente Font, y acaba con un ardid para salvarle el pescuezo cuando el Consejo de Administración decidió despedirlo. Y entre medio cuento un secreto nunca publicado: Paco Monja tenía que haber sido el primer director de *El 9 Nou*... ¿Sorprendidos? El *fiscal* Cañas tras leerlo me ha escrito: *toi pasmao*.

La tumba de la Cuarta Época (XXXIII) es un capítulo largo pero con trampa: es un tres en uno. Trata de tres asuntos que podían ser tres capítulos. Lo he querido hacer así por no rebasar la cifra de cuarenta y porque estaban entrelazados: la pesada mochila que la Revista llevaba a sus espaldas: *Sitjes Publicitat*. Xavier Quer, el gerente que tenía que haber cortado el nudo gordiano que pendía sobre nuestras cabezas, y una tercera persona: el hombre orquesta que durante *Casi treinta años y un día* inventó campañas de promoción y marketing.

Un tres en uno que dos personas tendrán que tomar sal de fruta *Eno*.

Se que éste era el más esperado. Es el más largo de todos. Es un capítulo libro, el de la moción de censura que partió de un tajo el alma de la ciudad. Se titula: *La guerra de tres años de la senyora Carme*. No ha pasado nada más trascendente en los últimos treinta años como la moción de 1992, que arrebató la alcaldía al socialista Josep Pujadas gracias a un regidor, Manel Nériz, que dio su voto a Josep Serratusell, el cabeza de lista convergente. La ciudad se partió en dos. La tensión política llegó a unos máximos que ni antes ni después se han vuelto a vivir desde la restauración de la democracia. En este capítulo se revela no sólo lo que sucedió, sino los secretos de la trama contados desde la cocina, y se rompe con unos clichés que en su momento se dieron por buenos. El relato está narrado

como si fuera una novela negra con suspense hasta la última frase. Sí, es largo, pero no va dejar a nadie indiferente. A los que lo vivieron, seguro; y tampoco a los que oyeron hablar como si fuera la guerra de sus padres. Fue una batalla en la que lo único que no se derramó fue sangre, salvo la del asesino de la hoz...

El patio de Monipodio (XXXV) es la historia de los zascandiles. Don Miguel de Cervantes, en su Rinconete y Cortadillo, junto a otros once títulos de las Novelas Ejemplares, de las que en el 2013 se cumplieron cuatro siglos, describe lo que es *El patio de Monipodio*: El lugar en el que dos truhanes forman la infame academia, en donde se traman corruptelas y picarescas merecedoras de castigo. El capítulo está dedicado a estas prácticas que he visto y vivido, empezando por las mías: *El burro adelante para que no se espante*. El relato está trufado de proverbios y dichos clásicos en honor de Don Miguel, que con sólo veintisiete letras tuvo el descaro de construir el mejor monumento de las letras hispanas, y acaso de la Literatura Universal; aunque mucho me temo que si hoy lo escribiera, pasaría desapercibido, porque de lecturas vamos cortos. Pero bueno, esa es otra guerra distinta a la que ahora nos va ocupar y distraer un rato. El *fiscal* Chema Español, que es letrado, me ha advertido que algunos hechos narrados pueden volverme a llevar ante las togas negras. Lo he releído, y no he tocado una coma. Salvo este apéndice: historia basada en hechos reales.

El capítulo de los truhanes me ha llevado como lleva el otoño al invierno a *En los Hospitales nunca se descansa* (XXXVI). Es también muy largo, pero es otro de los tres por uno. La primera parte la dedico a la Mutua del Carmen. La segunda a la Policlínica del Vallès, y la tercera al Hospital General de

Granollers. Cada parte tiene enjundia para erigirse en capítulo único. Los tres son recios. Y en los tres se desvelan situaciones que sólo han conocido las personas que las han vivido. De Imprescindible lectura para el vallesano atento. No digo más, ni menos.

Tutifrutí express (XXXVII). Lo he titulado así porque me encanta la fruta. Se nota que procedo de una tierra en la que abunda: la *Terra Ferma*. Son una veintena de relatos que los guardo en el arcano de la memoria porque los relatos me huelen a primavera. Historia que me siento orgulloso haber escrito por motivos distintos: alguno es de Historia olvidada cuando no ocultada; otras, anécdotas que tienen más importancia por lo que significan; también escritos que han salvado vidas... No reproduzco ningún artículo completo, porque de hacerlo necesitaría otro libro recopilador. No es eso, son historias sintetizadas como píldoras concentradas que prometo no les van a dejar dormir, al menos mientras las lean.

Milady, D'Artagnan y los tres Mosqueteros (XXXVIII) es una aventura literario periodística, realizada en mi última primavera (2012), protagonizada por tres de mis *fiscales*: Jonathan Gelabert (*Athos*), Santi Montagud (*Portos*) y César Alcalá (*Aramis*). Al principio pensé en *Milady* (Marina Martori) para ejercer de *fiscal* en estas memorias. Me habría dicho que sí, gustosa. Tras mucho dudar decidí no invitarla para no ponerla en un aprieto, porque iba a conocer secretos con mucha antelación a que salieran publicados, y algunos afectaban a amigos suyos que no podía compartir. Es más, en este capítulo describo la charada secreta tramada que Milady supo guardar con máxima discreción, como la amante perfecta. Aunque sólo fuera por eso merecía pertenecer en el Club secreto de mis *fiscales*, pero

repito: no quise ponerla en el brete de tener que estar callada, porque cuando la historia se publicara no sería perdonada...

La Lectora Secreta y la llave maestra (XXXIX). Es el final de las Memorias. Siguiendo el desenlace de las novelas de Agatha Christie cuento quien es la mujer misteriosa, publicando una foto de su *book* profesional cuando se ganaba la vida como modelo internacional (a mediados de la pasada década dejó las pasarelas al tener su primer hijo). No doy más pistas porque a final de cada relato responde a una pregunta sobre el tema del capítulo. En un momento deja su papel y me escribe una carta explicando los motivos de por qué lo deja: se siente incomoda por mi crítica al nacionalismo... pero evito in extremis la ruptura, y continua... En realidad, su rol en ese juego es la de encarnar, y como es muy bella lo de encarnar viene al molde perfecto, mi sección preferida: *La Carátula*, porque ha sido la llave maestra que me ha permitido ganar la confianza de cientos de personas clave del escalafón social, y gracias a ellas tener información privilegiada. Que ese y no otro es el mejor activo de un periodista. Mi trabajo durante estos *Casi treinta años y un día* ha sido de perseverante hormiga laborando para tener la despensa llena cuando llegue el invierno. *La Lectora Secreta* no es una coquetería sino jugar con un misterio, pero en realidad es un homenaje a mi sección favorita: *La Carátula*. Aprovechando el capítulo, y ya que son 40, he seleccionado párrafos de cuarenta *Carátulas* para describir a otros tantos personajes.

El VALLÈS DEL S XXI cierra las Memorias. Es el XL, la medida mayor de *Levis Strauss Co*. La meta a la que no tengo prisa por llegar, porque la vida no espera en la llegada, sino que está en el camino.

El coprotagonista es el *fiscal* Juan Viñallonga porque está desde el calcañar, y lo estará hasta el final. Corta historia la de quince números, cuando estoy escribiendo.

Acepté el título de Director de Honor porque nunca tengo un no para un amigo. Juan quería plantearlo al Consejo de Administración de *Revista del Vallès* cuando le dije que tenía que dejarlo, pero no lo propuso por dos razones de peso: una, que a la Revista le quedaban dos telediarios (seis meses), pero la otra, le dolió más que la primera: para el nuevo gerente yo era una rémora del pasado no cuando salí sino cuando él entró.

Esta nueva Revista es una aventura romántica, de principios, casi *adolescente* de gente madura. Pura contradicción, porque ha nacido sin medios económicos, a contracorriente, sin padrinos ni subvenciones oficiales, cuando los kioscos bajan las persianas para no volverlas a levantar porque los lectores sufren una peste digital, la negra contemporánea. Somos los *Últimos de Baler*, sólo tenemos el corazón y las ganas de unos jóvenes casi tullidos que aspiran a la aventura de izar una bandera. Si se arria será porque caemos en la batalla. Hemos tenido bajas, unas más justificadas que otras. La misma puerta que estaba abierta para entrar, lo está para salir...

Como ven el relato que les espera por leer es muy largo. Al principio creía que serían diez volúmenes, luego doce y ahora aún no sé cuantos serán. Si sumo todas las páginas calculo a vuela pluma que llegarán a las tres mil. ¡Vaya tostón!, pensarán con razón. Pero les hago una pregunta: ¿acaso se han aburrido con lo que han leído en el uno y éste segundo? Mi lema marcado a fuego es *Prohibido Aburrir*. Y si hasta ahora no les he

aburrido, descuiden que no les aburriré, porque mi estilo no es otro que el que están leyendo.

Nunca he sido muy novelero. Reconozco sí, que de joven amé la literatura francesa del siglo XIX ya saben los romances de *Madame Bovary*, *Rojo y Negro*, las intrigas del *Conde de Montecristo* o *Los Tres Mosqueteros*. Tengo una colección de veinte libros de páginas amarillentas con mis pupilas atrapadas. Luego me zambullí en consolas de Historia, de filosofía, y demasiada política. Me olvidé de la novela. Acudía en verano para matar ratos libres. He sido poco novelero. El periodismo no me ha ayudado, porque nunca he escrito subido en el tren de vapor de la imaginación. En mi anaquelera no quedan huecos para más libros. Afortunadamente, el invento del *ipad* me permite añadir nuevos que ya no pueden llenarse de polvo. Soy tradicional, pero también tengo mis contradicciones. Lo cuento por lo que voy a explicar: ahora al comprar un libro ya no miro el nombre de su autor. En los últimos treinta años no recuerdo haber comprado una novela de un escritor inglés, salvo los *Pilares de la Tierra*. No por el nacionalista que no soy, sino porque una novela hay que leerla en su lengua original. Al indio Rabindranath Tagore le encantaba la traducción de sus libros al español, decía que era mejor que la inglesa, porque estaban traducidas por Zenobia Camprubí, y revisadas por su marido el poeta Juan Ramón Jiménez, pero es la excepción a la regla general: los traductores no acostumbran a ser poetas. La gente dice que le encanta el actor Paul Newman o Greta Garbo, pero si no ves una VO no sabrás el timbre de su voz. Te quedas con su cara y gesticulación, pero no sabrás porque han llegado al firmamento del cine. Es como si oyeras cantar a Elton John doblado al español. Entenderías la letra, pero sólo la letra. La voz que te gusta es la de un doblador o interprete.

Con la novela es igual.

Como ahora tengo más tiempo he vuelto a la adolescencia, he vuelto a la novela. La diferencia es que ahora me da igual el tema. Esto que es necesario para un ensayo de Historia, no tiene sentido para la novela. Me basta leer las tres primeras páginas de un libro. Si me arrebatara desde la primera frase. Si las letras tienen música. Lo compro, aunque el autor me sea un desconocido. Me tiene que embriagar desde el arranque. Un flechazo. Coger por el pescuezo, porque esa es la forma como entiendo el periodismo. Las novelas que ahora me seducen son las que están escritas por periodistas. Tienen un aroma reconocible.

Bien, cada capítulo de estas Memorias tiene ese estilo de novela breve. Que debe atrapar desde el kilómetro cero. Como los libros me seducen así, así intento seducir a un lector. A usted.

Una última cosa. Todo la colección será un poco *rara*: normalmente he fallado la primera vez que he hecho algo. Es un defecto de fábrica. Voy a demostrar que no es una hipérbole. Ya que he colocado en el frontispicio del capítulo el número doce, explicaré doce experiencias que confirman mi aserto:

Uno: *el primer curso*. Mis padres me ingresaron a los seis años en la escuela catedralicia de Lérida, estaba en la buhardilla de la Catedral. Todos íbamos a ser monaguillos de la *Sen Nova*. Cuando acabó el primer curso el maestro llama a mi madre para informarle que era un desastre. Nada que ver con mi hermano mayor, aplicado y obediente, un primor. La his-

toria la tengo borrada del recuerdo, sé lo que me contó mi madre que le dijo el maestro: *Roberto es travieso como un diablo*” Había emborronado y roto el cuadernillo escolar de *rayas Primero* siete veces. Como su mismo nombre indicaba eran las primeras rayas que hacían los escolares del viejo plan de estudios Moyano, el anterior a la EGB del ministro Villar Palsá. El señor Alberero no sabía que hacer conmigo. A ver si los padres me reblandecían en casa. Eso pasó el primer, segundo y tercer curso, en el cuarto el maestro no dio crédito a mi cambio. Como si alguien hubiera al interruptor del cerebro: en un curso avance cuatro. Me convertí en su alumno preferido, me imagino porque un buen maestro se siente satisfecho de recuperar a una oveja descarriada. El señor Alberero es un culpable de lo acabé siendo... Pero eso no evitó que, me lo dijo mi tía Magdalena, de Madrid: mi hermano era el bueno, yo el travieso.

Dos: *el primer día de bachiller*. No he sido una persona de lloro fácil, por eso me sorprendió lo que me pasó un lunes 4 de octubre de 1967. Primer día de clase en un nuevo colegio: los Maristas. Aún tenía nueve años. Primero de Bachiller. En formación con el brazo extendido con la típica bata de franjas azules como uniforme de colegio. Suena un pitido y cientos de niños en un impresionante silencio de velatorio, formados en el patio, entramos en una mole con aires modernistas de principios de siglo. El día de color gris con suave bruma acompañaba. Dondequiera que mirara, todas las caras adustas. No conozco a nadie. Casi todos profesores con sotana y los que no tan rígidos con traje negro. Mil niños callados y el ambiente severo me arrancan dos lágrimas al entrar en el edificio. Gotas de temor ante lo desconocido. Quedé sorprendido. Los hombres no lloran, me dije enjugando con el

antebrazo de la manga del uniforme, subiendo las escaleras de los Hermanos Maristas.

Tres: *el primer partido oficial*. De crío siempre tenía una balón en los pies, el fútbol era mi pasión. El campo de fútbol era mi *callenuestra*. Mi equipo ideal: el Brasil de Pelé, Tostao y Rivelino del 70 (conservo grabada su alineación como un equipo de ensueño). En segundo (10 años), los Maristas me seleccionaron para jugar con el infantil del colegio contra el Terraferma, el equipo del Opus. Cuando el árbitro pito el inicio del encuentro tenía tembleque en las piernas. Pasado el susto inicial, hice una segunda parte de estrella. Ganamos 2 a 1. No hice ningún gol, pero driblaba a la defensa como nadie... Otro día, jugando en el campo de fútbol de las balsas de Alpicat, un padre le dijo al mío que donde ponía el ojo ponía la pelota. Nada me complacía más que esa flor dicha a mi padre...

Cuatro: *el primer escrito* en mi idealizado Macintosh Plus tan mal lo hice, más preocupado por domeñar la máquina que por lo que estaba escribiendo, que el *fiscal* José Cañas, redactor jefe de la Revista, me sugirió que mejor lo escribiera en la vieja Hispano Olivetti, que luego ya lo pasaría al ordenador. Ya digo, mi *primer* con contacto acostumbra a ser intrincado.

Cinco: *la primera izada* de bandera en la mili, recién estrenado el cargo de cabo de guardia en la Capitanía General en Valencia. Doy el grito del protocolo, y se me aflauta la voz. Durante un par de días, un veterano me puso el mote de *cabo flan*. El segundo día ya no me tembló la voz, sino todo lo contrario: Me pasé tanto en el tono autoritario, que el sargento pensó que aquel novato iba a saber mandar a la guardia...

Pero me gané la estima de los soldados gracias a un punta-

pié que le dí a un veterano borracho. Formé la guardia cuando vi el coche negro oficial del capitán general Milans del Bosch aparecer por la plaza de Tetuán.

Estaba la guardia formada en posición de firmes pendiente de que diera la orden de *presenten armas, arrr!* Cuando veo a un guardia ebrio apuntado con el *cetme* a sus compañeros. Le quité el arma, le dí una patada y empujón directo al cuerpo de guardia cuando el capitán general bajaba del coche a punto de entrar por la puerta principal de Capitanía. El sargento de guardia estaba en la puerta de madera noble de aquel palacete que había sido monasterio con un precioso claustro gótico que el rey Felipe V había acondicionado para Capitanía; estaba el sargento pendiente del general para darle las novedades, y no vio la escena que había podido ser dramática, pero que fue cómica. Yo estaba tan firmes como el resto de la guardia, pero mirando de reajo la puerta de la guardia, temiendo que el beodo saliera de la habitación y la liara. No asomé la testuz, y cuando Milans del Bosch había pasado la revista, los soldados corrieron a gorrazos al imbécil, y yo me gané la estima del cuerpo de guardia.

Seis: *el primer examen*. Los soldados de Capitanía éramos los niños privilegiados del Ejército de Tierra: teníamos tres meses de permiso, el resto, un mes. Me los quitaron todos de cuajo como castigo a los dos meses de calabozo por abandono del servicio de armas una noche de guardia. Con todo el tiempo del mundo en Valencia aproveché que tenía lo que no iba a tener cuando volviera a la vida de civil y me saqué en una autoescuela, no en el cuartel, el carnet de conducir. Me suspendieron el primer examen práctico. Ya *lili*, tuve que volver a la capital de la cerveza Turia para aprobar el segundo. Otra primera en aquellas circunstancias fue la primera práctica de

coche. Subí y me veía montado en una máquina arrolladora de inocentes. Veía los niños, mujeres y ancianos que cruzaban confiados el paso de cebra, que si me equivocaba y en lugar de pisar el freno le daba al pedal de su izquierda, me los iba a llevar por delante. El profesor argentino advirtió lo tenso que iba, y sarcástico me dijo que vaya nervios tenían los soldados de España. Luego, se puso nervioso al ver que tenía motivos para estarlo. Era la primera vez...

Siete: *el primer día de Botones*. Era un pipiolo que hacía dos semanas que había cumplido los 16 años. Empecé en la sede central del Banco Condal en el 69 de Vía Layetana. 3 de noviembre de 1973. Destinado en la tercera planta, me llama un administrativo y me pide que vaya a la planta baja, donde está la Oficina Principal, y que le pida al interventor que dizque guarda las llaves del banco. Eso fue lo que hice. Todos están jubilados, pero aún se están riendo...

Otra de esa época de botones, desemejante, de amores platónicos: para San Miguel Lleida celebra una feria agrícola y ganadera que para los urbanistas como yo era un coñazo. En septiembre de 1974 me pasé las mañanas de una semana en el Pabellón de Cristal en el que el Banco Condal tenía un stand. Iba a trabajar hecho un dandy con mi traje azul marino, camisa blanca, corbata granate, el color institucional del banco, y una chapa plateada en la solapa que representaba al dios del Comercio alado. Mi tío Juan Antonio me había enseñado a hacer el nudo de la corbata, porque hasta entonces las únicas que había tenido eran infantiles cogidas con una goma por detrás de la doblez de la camisa. Iba a trabajar más chulo que un ocho, y aunque en septiembre de aquel año aún tenía dieciséis años el uniforme me daba un aire de dieciocho. A las chicas les gustaba. Eso se nota.

Me escapé del stand para dar una vuelta por la Feria. Cuando llegué al stand de *Cola Cao* me quedé prendido de una azafata rubia, de tez morena, ojos azul turquesas tan profundos como los mares del sur. *María José*. Me lo dijo al día siguiente paseando por el pabellón de Cristal. Se había fijado en mí por el traje de dandy (cuando salía del stand me quitaba la chapa del banco y parecía que era un joven ejecutivo de *Wall Street*). La chica con un pantalón de tela ajustado negro y camisa amarilla tostada, uniforme *Cola Cao*, iba acompañada de *otra* azafata, las dos con un pañuelo de seda azul al cuello. Me he olvidado de la *otra*, sólo tenía los ojos para ella. Nos presentamos. Dije las tonterías propias de un adolescente que lanza el anzuelo para ver si pica. Cuando me dio la mano, le cuchicheé que tenía unos dedos *Atrix*, una marca de crema de manos muy popular. Sonrió la ocurrencia, pero por mi mala estrategia de caza, no fui quien rió último: Ignacio, otro botones, tenía una sonrisa y una gracia que engatusaba a las chicas de forma natural, y no sólo a las chicas: dos años después de entrar de botones le ofrecieron ser interventor y un año después director de oficina, en una carrera meteórica al estrellato. Apenas lo conocía, el trato que tenía era el de compañero de una semana, y le pedí esta tontería: ya que tenía labia, que me hiciera de Celestino. Vamos, puse al lobo para que cuidara la oveja que pretendía llevar a trotar al prado. El Celestino fui yo...

Ocho: *La primera piedra a un perro*, y la última. De universitario viví tres años en Cerdanyola, en un hostel de estudiantes de Bellaterra. Cada noche íbamos a cenar a una vieja masía de los dueños del hostel en las afueras del pueblo. Pasábamos por un calle sin asfaltar a la derecha llena de chalets, a la izquierda edificios. Evitábamos pasar por la acera derecha, porque pe-

rros rabiosos no dejaban de ladrar. Una noche a la vuelta de la cena, andaba malhumorado porque no había tenido un buen día: me estaba saliendo un resfriado, mal rollo por la mañana en el banco y por la tarde me había salido torcido un examen en la Facultad. Hablando con los colegas me despisté y nos metimos en la acera *prohibida*, la de los canes rabiosos. Y un pastor alemán casi me quita la respiración: sacó el hocico por la verja y por un centímetro no me mordió. Pasado el susto de la sorpresa y cabreado como estaba, no se me ocurrió otra que hacer lo que nunca había hecho: coger tres o cuatro piedras, y tirárselas al pastor alemán. No le dí, pero me relajé desentumeciéndome los brazos.

Había dado unos cincuenta pasos cuando oigo una voz que me grita. Era el dueño del animal. Soltó la correa y el alemán se abalanzó con rabia, y sin bozal. Mis compañeros corrieron como galgos persiguiendo a una liebre. Pero mi reacción fue la normal de un espectador de una película: ver lo que va a suceder. Cogí un pedrusco y me quedé quieto como una estatua de mármol (por lo de blanco) con la piedra en la mano como si fuera una lanza, un cuchillo o mejor un mazo. El perro que corría como un poseso sin ladrar, frenó en seco a un metro de distancia. El alumbrado de la calle era tercermundista. Luces de sombra, pero los ojos de aquel perro azabache brillaban como farolillos de fuego. Durante unos segundos eternos me ladró y yo le decía con voz guerrera que esa piedra se la iba a tragar si daba un paso más. El instinto animal no es tan irracional como dicen, porque me debió ver fiero. Así que se dio media vuelta y volvió con su dueño, que gritaba recordando a todos mis muertos. No le respondí, no quise poner a prueba por segunda vez mi suerte en esa noche de un día de bastos. Eso sí, al llegar al hostel los galgos me recibieron como a Ulises después de haber derrotado a Héctor ante las murallas

de Troya. Lástima que en el hostel no hubiera chicas, porque seguro que esa noche habría tenido prez. Las estudiantes de periodismo eran muy licenciosas...

Nueve: *la primera cita* llamé a una chica para quedar en una cafetería, y ella me dijo: *vale*. Yo, eufórico, me despedí con este grito: ¡*Viva la Revolución!* El resultado fue frustrante. Debí pensar que ese desconocido que había conocido en una discoteca de Mayor de Gracia, al salir la había acompañado al metro de Lesseps, era un anarquista o un loco; así que, de haberla continuado esperado, estaría, cuarenta años después, aquejado de cirrosis en una cafetería de plaza Urquinaona apurando la última copa, mirando el reloj tocando las horas del plantón.

Diez: *el primer beso* apasionado a una boca que me pedía el beso me hizo flotar a medio metro del suelo (17 años). Cuando cogí el metro me equivoqué de dirección y, al llegar al piso de la calle Calabria de BCN, intenté abrir la puerta de la vecina, creyendo que era la mía. Los dos nos asuntamos por igual: ella al creer que un ladrón intentaba forzar la puerta, y yo cuando abrió la puerta dispuesta a darme un leñazo en la crisma. Juro que no iba bebido, simplemente estaba embriagado por aquellos generosos labios que nunca más volví a besar. De aquella desconocida sólo recuerdo que era gallega, recién llegada a Barcelona, como yo, y que vivía en un piso de soltera de la calle París *oh, la la*. Me dijo que todos los jueves iba a esa discoteca de la calle Pelayo, tocando a plaza Catalunya. Me mintió, porque el jueves siguiente no apareció la dama de las camelias.

Once: *La primera cita*. Anna Jiménez, fotógrafa de La Vanguardia, era una de las estudiantes más guapas de la clase

(éramos ciento veinte y entre ellos algún *amigovio*, amigo con derecho a roce lo ha definido la RAE). Guapa, coqueta y voluptuosa era una chica bien de BCN, vivía en el paseo de San Juan y tenía ínfulas. Una tarde que las clases acabaron antes, me invitó a una discoteca de BCN. No me apetecía porque no me encontraba bien, ¿pero quien le dice que no a un bombón? La condición que le puse fue que tenía que devolverme a casa, porque a las once de la noche salía el último bus en dirección a Cerdanyola, y así pasó. Ella tenía coche, yo no.

Al día siguiente me tenía que levantar a las 6,30 para coger el tren y estar a las ocho en la oficina de Pau Casals en Granollers. Fui al lavado y cuando me tiré agua a la cara para despejarme, me desplome de rodillas. No perdí el conocimiento. A cuatro gatas pude llegar a la cama, desperté al compañero de habitación (Ugarte, un estudiante abertzale de Durango que tenía colocada la ikurriña en el cabezal de su cama. Para hacerle la puñeta le dije que si no quitaba la suya pondría en el mío la española. Como no la quitó, cumplí la amenaza. Un día me encontré un *¡fuera!* escrito con lápiz y letra pequeña. Pregunté quien había sido, mi habitación era la Casa de los Martínez, nadie me contestó. No quise borrarla. Era cicatriz de guerra. Conservo la tela plegada en el armario de la nostalgia).

Tras esta interrupción vuelvo a ir a cuatro gatas: desperté al batasuno Ugarte para que avisara a la hospedera, vivía en el piso de arriba, y que llamara al médico. La mujer preocupada bajó en camión. Apenas podía abrir los ojos. Le pedí con voz de ultratumba que no llamara a mi madre. Me dijo, *vale*. Una hora después vino el médico de guardia. No lo debió ver muy claro porque a media mañana a quien tenía al pie de la cama era a mi madre, había venido con su hermano, tío Francisco.

Acompañado con mi madre, una ambulancia de Urgencias me llevó a Lleida ululando durante las dos horas de camino.

Mi doctor de toda la vida, el Dr. Menen, diagnosticó ya en casa que el constipado se había convertido en una neumonía. Estuve una semana ingresado en la Clínica Montserrat, tres meses de baja del banco, y por los pelos pude aprobar el tercer curso de periodismo.

Mi primera, y última cita con Jiménez, me diezmó la salud. Tenía veinte años...

Doce: *Mi primera noche de bodas*. La tradición era que la víspera de la boda te corrieras la última juerga de despedida de soltero. Celebré las tres de últimas: la primera con mis amigos de Granollers, uno de ellos el *fiscal* Juan Viñallonga, en el barrio de Gracia de BCN. La segunda con mis compañeros del Banco Condal, en la torre del señor Barceló cajero y barbero de antes en la calle Ricomà, y el tercero con mis amigos de Lérida, y también los dos cuñados.

Un par de días antes de la boda había hecho el último examen de la carrera. Recuerdo que pensé: *¡después de veinte años de estudios, punto y final!* A las seis de la mañana del día de la boda estaba la mar de feliz en una discoteca en Gualda, la carretera de Torrefarrera, un pueblecito con una gasolinera y cafetería a cuatro kilómetros de Lérida. Cuando vi la hora y sin pizca de sueño, el ángel de la guarda me aconsejó: *“Roberto, te lo estás pasando muy bien, lo sé, pero debes ir a dormir. Que mañana tienes que estar bien, pero a las nueve tenía que estar en la Estación de Renfe para recibir a mis amigos de la mili. Resumiendo: el día que me casé apenas había dormido una hora.*

En el álbum de fotos de la boda no hay secuelas de una noche de vela porque con 25 años uno está tan fresco como la rosa de Sant Jordi; pero el cuerpo me pasó factura al final. El 25 de junio de 1983 siempre ha sido mi día favorito, pero no mi noche. A las cuatro de la madrugada, cuando llegué a la

suite matrimonial del Hotel *Condes de Urgel*, fue caer en la cama y perder de vista el mundo, quedé dormido como un lirón...

He contado estas historias de mi vida porque, tratándose de mi primer libro, me *toca* hacerlo mal. Pero como soy gato viejo y esto me va llevar un tiempo para estar entretenido con mi juego favorito, he optado por una fórmula que domino: Estas Confesiones están formadas por mil y una historias, agrupados en cuarenta capítulos con un mismo hilo conductor, pero estructurados cada uno como relatos autónomos, que se van sucediendo con la continuidad natural de un río que te va llevando a veces plácidamente y otras con rápidos y sobresaltos. De historias publicadas tengo a miles, y decenas de no contadas, que ahora verán la luz porque los entresijos no había que contarlos. Pero ya sí se pueden conocerse... Así que este *mi primer libro* no es tal, porque me coge bien entrenado, con una fórmula aprendida que no me ha ido mal; es más, he vivido de ella. Y lo digo pensando en *mi segundo libro*, que ya lo tengo mitad escrito en el papel y sin afilar en la cabeza, y del que voy a hablar en el capítulo 3. Y si no inmediatamente, cuando lean (y vean) por donde sangra una profunda y vieja herida me entenderán el por qué...

Los fiscales y mi Musa respondieron al punto, tal y como les había pedido: Nuria, es el nombre de la Musa, fue la primera: *Me siento profundamente halagada con tu propuesta, y mi respuesta es un SÍ en mayúscula.*

Javier: *Tu iniciativa me parece genial.*

Santi: *Naturalmente que sí, y no sólo por amistad.*

Josep María: *Queridísimo Roberto, muchas gracias.*

Cañas: *un abrazo del ya fiscal Cañas.*

Jonathan: *No puedo (ni quiero) negarme. Como todo buen amigo y hermano, te debo más de lo que jamás podré darte.*

César: *Sabes que me encantan los retos y poder jugar contigo siempre es un placer y un honor.*

Chema: *Roberto que a un abogado le permitan ser fiscal es una oportunidad que no puedo dejar escapar, es un reto apasionante. Cuenta conmigo y como siempre, espero estar a la altura.*

Josep Garcia, Garci: *Me halagas eligiéndome como fiscal de tus Memorias y con orgullo acepto el cargo. Pero no por amistad, sino con la curiosidad y el interés de quien ha leído tus artículos de opinión durante muchos años y quiere seguir haciéndolo. Sabes bien que siempre a la cara, te he reprobado alguno de ellos por diferencias ideológicas, pero ignoras que he alabado e incluso defendido, tu forma de escribir valiente y honesta. Egoístamente sé, que muchos de tus recuerdos profesionales, que no dudes acabarán conformando un libro, harán refrescar los míos. Por ello acepto con agrado, el compromiso de acompañarte en esta nueva e interesantísima aventura.*

Pero me emocionó lo que me dijo Juan, el culpable de que yo haya sido el director. *Por supuesto, cuenta conmigo me soltó de saque; pero luego quiso reposar su respuesta con esta carta:*

ES UN HONOR

Cuando tú, Roberto Giménez, me eliges para realizar cualquier cometido, no puedo decirte nunca que no. Nunca me has pedido algo que no me apeteciera, y, en cualquier caso, cumplir con ello es siempre motivo de orgullo y satisfacción. Me apetece y se me aparece como un gran honor —algunos todavía creemos en esta palabra—

En el año 1982 empezamos a trabajar juntos, y al año siguiente ya fuiste para siempre mi director. Sí, para siempre, nada de “ex”. Porque me da la gana y porque es así; porque siempre serás el “director

de honor” de “Revista del Vallés”, medie o no nombramiento oficial.

Han sido 30 años de un trabajo realizado con rectitud y talento. Lo del talento es algo obvio. Lo de la rectitud es algo que impresiona, tanto por lo difícil que es en una profesión que tantas presiones recibe de tantos intereses encontrados, como por la naturalidad y normalidad con que la has llevado.

En mi vida he trabajado con muchas personas de todo signo y condición, pero con pocas he obtenido esta complicidad que tengo contigo, esa mutua lealtad que hemos mantenido, esa amistad perdurable, y ese espíritu de camaradería, que reconozco también en alguna de las personas que has elegido.

Estoy muy agradecido por tu designación. Espero no defraudarte. Y colaborar contigo en estas “memorias” que serán, sin duda, como una “poesía que promete”, pero, también sé que serás el “aguafiestas” para aquellos que prefieren la vida plácida a la veracidad y la justicia.

Cuenta conmigo. ¡Faltaría más!

Juan Viñallonga

Así acababa este capítulo, pero dos meses después de haberlo cerrado tengo que volver a abrirlo para aclarar un cabo que había quedado suelto y al que le he estado dando vueltas varias semanas hasta tomar esta decisión: al escribir el capítulo 8, *Ballús o los años de plomo a la catalana*, pensé que sería bueno enviarle el escrito al propio interesado para que lo leyera, y seguro que me respondería, y su respuesta incluirla en su capítulo. De entrada, me pareció una excelente idea para completar el perfil del personaje. Sin embargo, la he desechado, porque si abría este *melón* tendría la obligación de hacer lo mismo con

decenas de personas que desfilarán por estas páginas, con lo cual estas Confesiones podían acabar convirtiéndose en los 93 tomos que tenía el original de la editorial *Espasa Calpe* publicados en 1930, y no sólo eso, sino que las Memorias se podían convertir en un guirigay, porque por ella desfilan una banda de generales con charreteras más chulos que un ocho, con lo que iba a desvirtuar lo que son unas Memorias que no tienen nada que ver con la Historia, por muchas historias reales que cuente, y por más que retrate lo principal que ha acontecido en Granollers, no sólo en los últimos treinta años, sino desde 1940. Sin pretenderlo, me he convertido en el albacea de la memoria de granollerenses ilustres. Todos aparecerán en esta historia coral.

Que sea un libro de lectura aconsejable para los curiosos vallesanos, es probable; pero desde luego no se trata de una historia con entidad para ser estudiada como tal, ni mucho menos académica, sino la visión subjetiva de un hombre que ha tenido el privilegio de estar en el palco de honor durante casi treinta años. Sí, he tenido el privilegio de estar en un palco, pero no era el único palco del teatro, y desde la platea o las bambalinas se tiene otra visión de la función.

Eso y nada más que eso son unas Confesiones, la percepción subjetiva desde unos ojos que miran y observan con atención, escritas con la frialdad de un forense, pero no es un acta notarial. Vamos, que con nada de lo que cuento podría ir a un juez y decirle: *señor juez tenga: que estos muertos no descansan bien en mi armario, quédese los su Señoría y haga con ellos lo que estime oportuno...*, porque tengo documentos, pero no las pruebas. Tengo; sí, memoria, agendas, *fiscales* y personas a las que he creído las historias que me han contado. Así pues, con esta previa léanlo, como quien lee una película de esas que se advierte: *Basada en hechos reales*, pero nada más. No he

encontrado mejor forma que desembarazarme de mis muertos en el armario.

Me apasiona el maestro del hiperrealismo contemporáneo: Antonio López. Es un pintor, sí. ¿Y qué?

POSDATA.

No haré elipsis, pero lo que pueda contar con una palabra, no usaré dos.

Y la última: ¿Recuerdan la novela del Conde de Montecristo? Ese personaje novelesco, que no inventado, encerrado durante catorce años en una celda, pero con la cabeza bien clara y despejada; con imaginación y una ansia infinita de ser libre. Acepto mi sino, pero tengo una diferencia sustancial con ese falso culpable de Alejandro Dumas. Lo desemejante con Edmón Dantés, es que con estas Confesiones no voy a vengarme de nadie. Al revés: quiero reparar alguna injusticia que he ocasionado por ligereza. Retratar *mi verdad*, y la realidad vivida, sin otra limitación que mi conciencia. A ella acudo, sólo a ella me debo.

CAPÍTULO 3

SETZE JUTGES D'UN JUTJAT MENGEN FETGE D'UN PENJAT

***“Quiero ser tu tierra
Quiero ser tu hierba
Cuando yo me muera.”***

‘Mi querida España’ Cecilia

En el capítulo anterior decía que mis percances personales me habían dado los mejores frutos. No vean vanagloria y mucho menos jactancia en lo que ahora voy a escribir: he sido el director que cualquier periodista (y empleado) quisiera tener como jefe, porque me gusta predicar dando trigo. Nunca he sido el capitán araña. Si exijo uno, doy dos; y si ni siquiera hace uno, no grito; pregunto qué ha pasado, sin alzar la voz ni pegar bronca alguna. De broncas, menos que las necesarias y justas. Así que no lo cuento como virtud, sino como defecto (El otro día, mi hermano me contaba que le pasaba lo mismo, y lo decía de otra manera: *“no sé mandar”*. Será eso, ¡yo tampoco!). Toda la vida ejerciendo de jefe, y no saber mandar.

¡Manda huevos! Forma parte de la mochila de la herencia recibida. Claro que el *fiscal* Cañas me dice que hay dos distintas formas de mandar: las del ordeno y mando a la vieja usanza, y la forma mía de mandar con guante de seda. Me dice este *fiscal* que él, hombre difícil de mandar, se sintió bien mandado durante los dos años y también *un día* en el que fue redactor jefe de la Revista. Cañas siempre ha sido generoso conmigo. Y, probablemente, tenga razón porque sin mandar, los periodistas siempre me han obedecido. Sin pegar un grito. Bueno, una vez sí tuve que pegarlo, y no fue a un periodista, sino a la contable, Lluisa Requena. Esta mujer más rara que un perro verde, un día desde la punta de la redacción me soltó con mal tono una estupidez. No recuerdo cual. No tengo memoria para las tonterías. Conté hasta diez y me levanté del sillón de mi despacho, le pedí que me siguiera y cuando estuvimos a solas en el suyo, le pegué la gran bronca. A partir de ese día, Lluisa era mía como esos potros salvajes del oeste que el vaquero domestica. Apenas nunca sonreía, pero a mí sí. Ojo, los milagros a Lourdes: cuando tenía un mal día, y de esos tenía bastantes, mejor no decirle nada. Pero ni siquiera en sus malos días tenía para mí el mal genio que transpiraba de natural esta mujer nada femenina, extraña y fría como el mármol. Lluisa le gustaba ir a la contra: contra todos y cuando digo todos también hacia si misma.

Tenga Cañas razón o no la tenga, lo que es irrefutable es que esta forma de *no mandar* es bueno para quienes trabajan contigo, pero ha sido malo para mi estómago. No es una hipótesis por demostrar. Está demostrado.

Si fuera un militar tendría, además de cicatrices, medallas por los méritos de guerra, tal vez la preciada laureada de San Fernando con distintivo rojo, pero como he sido director de un semanario, lo que único que he conseguido han sido tres úlce-

ras de estómago, y el despertar temprano de mi enfermedad. Lo de las úlceras no es una hipótesis, lo del gen madrugador, sí.

De la perforación de una úlcera murió en 1949 Elvira La-cruz, la abuela materna. Nacida en Belchite, su nombre me suena a guerra. Había cumplido los 46 años. La sangre le salió por la boca y murió vomitando... Yo, que como le dije al médico Ramón Velayos en la primera visita no soy un hi-pocondríaco, creía que algo así podría pasarme, pero estaba equivocado: no viene de una.

Equivocado sí, pero no en todo, porque el diagnóstico de Rosa Hernández Sales, la doctora naturista de Barcelona que inútilmente me ha llevado durante dieciocho meses, es que mi enfermedad había despertado precozmente, quince años antes que a mi padre, porque había tenido una vida en permanente tensión y estrés. Nunca había explotado a la italiana; así que, de tanto autocontrol y dar la *lata* a mis neuronas, éstas se habían descontrolado y, las muy *cabronas*, habían conseguido despertar ese puto gen que tan sano, según parece, me llevará a la sepultura.

A esta doctora la dejé, no porque no me gustara su diagnóstico (quien quiera un diagnóstico a la carta es un necio, y entre mis defectos no lo tengo), sino cuando comprobé que gracias a ella, además de ser bastante más pobre en lo económico (al margen de los sesenta euros de la consulta, me atiborraba de nutrientes que no frenaban lo que tenía que frenar, pero que me desnutrían la cuenta de Banesto), iba a conseguir ser el difunto más sano del cementerio, porque todas las analíticas me han salido fetén... de victoria en victoria, hasta la derrota final.

Ayer estrene mi silla de ruedas. Es preciosa. Roja fulgente y tuneada; sin motor, que la Seguridad Social no está para estos lujos. Tampoco la quiero. Aún.

Retomo el inicio de este capítulo, porque la tercera y más grave hemorragia estomacal que padecí, me dejó huérfano de glóbulos rojos (20% de hematocritos), y superé con un fantástico *Omaprem* que en una semana acabó con la dichosa bacteria del *Helicobacter pylori*® gracias a mi protector de estómago el Dr. Abad. Fui a la visita acompañado con Paco Cuevas, *el recambio* de Cañas, como ya verán. Mientras éste permanecía en casa de canguro con mis dos hijos de nueve y cuatro años. En esa época, la redacción era como mi familia. Mi esposa trabajaba y la familia de sangre estaba en Lleida. Mucho ha cambiado, y no para bien, la relación humana entre aquella pequeña redacción que era una piña, y la última en la que sí te he visto no me acuerdo.

Vuelvo a mi última úlcera, la más puñetera: A efectos de la Seguridad Social me supuso la baja de un mes. Un mes sin la presión de la Revista me permitió concebir una novela histórica aún inédita sobre La Guerra de la Independencia, en los libros escolares de Catalunya la llaman *La Guerra del Francés*, en el pogromo nacionalista, la Independencia es otra cosa; pero para mí siempre será la Guerra de la Independencia. La historia está situada en la villa de Granollers por las circunstancias que detallé en este prólogo:

Imagínense que el Imperio más poderoso, civilizado y democrático de la

tierra decidiera invadir Cataluña no para agredirla sino para incorporarla a su Imperio, garantizándole su autonomía y el respeto a sus señas de identidad. ¿Cómo reaccionaría la clase política que tiene hoy a bien representarla? ¿Con que cartas jugaría cada cual? ¿En qué línea divisoria se pondrían los políticos que hoy tenemos? ¿Un ejercicio de po-

lítica—ficción? Posiblemente, pero la imaginación es hija de la realidad, y de ella se nutre para luego poder volar libremente. La historia nos permite hacer estos guiños con el pasado, establecer puentes imaginarios tendidos en el tiempo que, tal vez, nos ayuden a reconocer más claramente el presente.

Hace doscientos años ocurrió algo que nos permite jugar a este equívoco. Napoleón, el hombre más poderoso de la tierra, decidió invadir España, pero planeó convertir esa provincia de Cataluña [sic] en el departamento más meridional de La France. Permítanme jugar con esa suerte. Napoleón apostó por dar a esa región toda la luz de la Revolución y desgajarla de la España decrepita de dos siglos de decadencia. El Emperador era el dueño de Europa y ofrecía a Cataluña la posibilidad de disfrutar de su grandioso botín como quien intenta recuperar al hijo pródigo de la Patrie ... ¿Que hubieran hecho nuestros políticos de hoy de haberles tocado vivir en una encrucijada como aquella? La respuesta a esa pregunta imaginaria es la actitud colaboracionista del alcalde Mayor, Esteve Balmaresda; la rebeldía del presidente de la Junta Local, Antoni Coll, la osadía del bergante Joan Pons, o el interesado mercadeo del pendenciero Josep Rovira, entre otros, co—protagonistas de este relato a caballo entre la Historia, la política de hoy, pero aliñada con unas gotas de ficción para que la trama se convierta en una novela...

Vaya por delante que ninguno de estos personajes está sacado de la inventiva. A todos ellos les tocó vivir aquellos aciagos días de la historia de España; en las cuitas, las intrigas y los lances de espada y trabuco que protagonizarán; pero, con la licencia de haberles hecho una especie de trepanación quirúrgica consistente en suplantarles su personalidad, de tal forma que aquellas personas que lo fueron de carne y hueso, han acabado transformándose en los políticos que hoy tan bien conocemos, gracias —y por culpa de— a la prensa, la radio y la televisión.

El protagonista de esta historia no es, empero, ninguno de estos hombres, sino un extranjero: Hans Jakob David Otto, un soldado a las ordenes de Napoleón por los inescrutables designios del destino. Era sargento

prusiano del Duque de Sajonia-Weimar que, derrotado por la Gran Armée, tuvo que prestar su servicio de armas a las de Napoleón. Hete aquí como, sin quererlo ni beberlo, este soldado de profesión y reo de las contingencias bélicas, fue destinado a la guerra de España. Otto escribió un diario auténtico de su cruel experiencia española, y sobre el esqueleto de ese manuscrito he basado el relato. No sólo quería jugar con la historia de este veterano de cien campañas, extranjero en un ejército invasor, sino que también me interesaba observar aquella Cataluña de hace dos siglos con los ojos de quien no la conoce y, por lo tanto, la ve desde la mirada del otro, y se extraña. Otto me ha servido de conejillo, pero no ha sido la suya la única mirada. Por los ojos de Otto pasan las impresiones que dejaron escritas otros contemporáneos suyos que visitaron Cataluña y dieron fe de lo que vieron: Antoni Ponz, funcionario personal de Carlos III para esos menesteres notariales; Arthur Young que llegó a ser secretario del Ministerio de Agricultura de su Majestad la Reina de Inglaterra; el ilustrado y afrancesado Francisco de Zamora, amigo y camarada de los grandes reformistas de la época: Jovellanos, Floridablanca; Alexandre J.L. Conde de Laborde, agregado a la embajada francesa en el Madrid de Carlos IV y luego estrecho colaborador del Emperador; el escritor y jurista peruano, amigo de Simón Bolívar, Manuel Lorenzo de Vidaurre, e incluso de Stendhal que hizo un fugaz viaje a Barcelona y apreció detalles que me han servido para reconstruir un fragmento de aquel pasado. No haré la lista más larga, para no apurarles.

Pero el verdadero protagonista del relato no es una persona, sino un pueblo: Granollers. Era una villa como cualquier otra de la época, pero la he escogido por varias razones. En primer lugar, porque la conozco bien. Soy hijo de Lérida, pero la capital del Vallés me ha permitido hacer realidad el sueño de infancia de poder liberarme de la oficina y vivir de la escritura; pero no se trata sólo de un tributo de compensación, sino porque esta ciudad era el marco ideal para desarrollar la historia, tan perfecto que no he tenido que inventar nada, me ha sido suficiente acudir a la hemeroteca y recoger los ecos de los relatos apergaminados que los

nietos de los protagonistas escribieron en crónicas de principios del siglo XX. Lo que cuento ocurrió al modo y manera que lo explica el Hans Jakob David Otto contemporáneo al hablar de su tatarabuelo, mi sargento Otto: Donde sólo había hueso le he puesto carne; en los silencios, aliento; y en el lacónico parte de guerra, hazañas bélicas. Ya ven si ha sido sencilla mi travesura.

Acabo ya estas líneas con otra aclaración que no quisiera dejar escapar y que, probablemente, sea una declaración de principios: me ha interesado viajar en este túnel del tiempo y despertar en la Cataluña de principios del XIX porque aquella generación, tal y como le ocurrió al presidente de la Junta del partido del Vallés, descubrió el milagro de una doble patria, aceptada y sentida; el sentirse español se compartía con absoluta naturalidad con ese otro sentimiento íntimo y familiar de saberse catalán. Un doble concepto nacional que los actuales padres de la patria se cuidan, con un empeño digno de mejor causa, de borrar de las generaciones más jóvenes.

Y acabó con una confidencia: he disfrutado escribiendo una historia que, probablemente, a más de uno le molestará, y que me temo sea políticamente incorrecta, pero es bien sabido que nunca llueve a gusta de todos, y no iba a ser esta una excepción.

Disculpen vuestras mercedes, y que lo disfruten.

En 1997 el manuscrito de esta novela se la entregué a José Cañas, entonces libre y con tiempo, la leyó, me sugirió dónde debía prolongar y acentuar la historia, y me soltó una frase lapidaria de esas que te dejan aturdido:

—Roberto, no has escrito una novela, has escrito una película.

No le pregunté si eso era bueno o era malo. Quedé perplejo. Yo no quería hacer ninguna película, sino escribir una novela... Este *fiscal* después de leer lo que acaban de leer me

ha enviado en una grabación este mensaje: *la novela es buena y creo que si los americanos te compran los derechos sería una gran película.*

Él no lo sabe, pero me ha quitado un peso de encima.

Cuando acabe estas Confesiones, largo me lo fiáis, retomaré esa *película* para que sea una novela. La siento necesaria dado los acontecimientos que hoy, y a futuro aturden, a Catalunya y a España entera. Y en este punto y cierre del capítulo quiero hacer esta confesión que suena dura, pero así es de *dura*: El título inicial de este capítulo era: *No quiero vivir a vivir siendo extranjero en mi propia patria...*

(El *fiscal* Cañas me dijo que esto último no le gusta, que lo quite. Otro *fiscal*, Viñallonga, me pide que reconsidere esta posición:

“Aún reconociendo que son tus memorias y, por tanto, tuya es la decisión de escribir lo que te venga en gana, coincido con el fiscal Cañas: a mí tampoco me gusta lo que dices sobre no querer vivir... Por supuesto que entiendo y comparto tu sentimiento, pero no es necesario, creo, decirlo así: ni habrá Independencia, y, si la hubiera, nos convertiremos en los aguafiestas de los nuevos “ministadistas”, tal como tú dices, convertiremos el “dret a decidir” en el “derecho a decidir”.

Poco antes de entregar el libro a la imprenta, le cambié el título. Lo entenderán cuando lleguen al final del capítulo.

En el 2010 escribí una Carta del Director en el que interpellaba al ex conseller Joan Carretero titulada: *Por qué no votaré por la Independencia*, con este subtítulo: *Salvo que Joan Carretero me convenga de lo contrario*. Esta fue la carta:

‘Hace ahora dos meses con motivo de la presentación en la Sala Tarafa de Granollers del proyecto político Reagrupament del ex conseller Joan Carretero, escribí un artículo titulado: Siete preguntas que me gustaría que Joan Carretero contestara en el que acababa diciendo que si me convencía hasta le podía votar. Lo recuerdo en esta semana en que en muchos municipios catalanes se ha convocado un inédito referéndum sobre la independencia de Catalunya.

Las siete preguntas que le hacía a Carretero, a modo de recordatorio, eran éstas: con una declaración unilateral, es decir, sin pacto ni acuerdo con ‘España’ ¿quién pagará el paro a los 31.969 desempleados de nuestra comarca al 30 de noviembre?, porque la caja de la Tesorería de la Seguridad Social no está en la plaza de Sant Jaume, sino en el Banco de España, en la Pça. de la Cibeles. ¿Y las pensiones a los cincuenta y un mil vallesanos de más de 65 años? ¿Qué habrá que hacer con ese 43% de convecinos que según el Institut d’Estadística de Catalunya (IDES-CAT) se sienten tan españoles como catalanes? ¿Tendremos recursos públicos suficientes para crear un Ejército propio o habrá que reconvertir a los Mossos en un cuerpo militar que nos proteja de la Legión? ¿Y qué haremos con las miles de empresas que operan en el mercado español? ¿Cómo afectará al PIB y a la balanza comercial reducir el actual mercado de cuarenta y cinco millones de consumidores a otro de siete millones? Y por último y más importante, decía no sin ironía: ¿en qué Liga Nacional jugará el Barça?

NO HAY RESPUESTA O SÍ...

La verdad es que Joan Carretero no me contestó o tal vez sí... Dos semanas después (30/10) aparecía como tema central y único en la portada de la revista Presència, que en nuestra comarca se distribuye a través de nuestros colegas de El 9 Nou, un extenso reportaje de cinco páginas sobre la viabilidad económica de la Independencia y la creación de un Estado catalán, en que si bien no contestaban a todas las preguntas, sí

respondían a algunas. La última respuesta ¿casualmente?, era la del Barça. Respondía una autoridad en la materia, Sergi Blázquez, vicepresidente de la Plataforma Pro Seleccions Catalanes y esto era lo que decía: “Podría jugar a la Lliga que ell escollís” y apuntaba que la mejor situada era la italiana. La pregunta que se me ocurre es la de si Italia como Estado, o los clubes italianos, querrían tener a un equipo extranjero en su competición nacional. Junto a Mónaco sería un caso único en el mundo, y dinero que le cuesta a Rainero.

No era la única pregunta a la que se respondía. Sobre el cobro del desempleo y la pensión a los jubilados nada se decía, porque esos fondos no existen y que al menos una generación tendría que sacrificarse y hacer caja para que la siguiente pudiera empezar a cobrar. ¿Estamos dispuestos a que esa generación sacrificada en altar de la patria sea la de los actuales pensionistas y desempleados? (¡Desde luego estamos en una coyuntura económica inmejorable para iniciar esta aventura!). Mejor dicho: ¿estarán dispuestos a ese sacrificio?

Sobre los efectos en las miles de empresas catalanas que operan en el mercado español no parece que sea un problema excesivo. Al fin y al cabo las ventas made in Catalonia en el mercado español sólo son del 34,5%, diez años antes eran del 43%. Es decir que a efectos prácticos hoy nos saldría menos costoso que hace diez años... El autor de este estudio debe pensar que la economía catalana va tan sobrada que puede prescindir de una tercera parte de su producción. Es evidente que este estudioso no es ningún empresario.

A la pregunta de si tenemos que crear un Ejército propio la respuesta es evidente: no puede existir un Estado sin un Ejército que lo defienda. No tenemos suficiente con los Mossos. Este Ejército de nueva planta debería de tener un contingente humano de unos 35.000 soldados. Es decir, que podríamos destinar a ese futuro Ejército profesional (¿o es que volveríamos a la mili obligatoria?) a muchos jóvenes parados y también a los trabajadores que pudieran quedarse sin empleo víctimas de esa contracción del mercado en un 34,5%. Sin embargo, David Bajona,

analista del Centre d'Estudis Estratègics de Catalunya no ha calculado que además del contingente humano, un Ejército necesita de toda una estructura logística (cuarteles y zonas de entrenamiento) y armamentística (cazabombarderos, portaaviones, fragatas, submarinos, blindados, misiles tierra-aire...) nueva de trinca. A su entender de las dimensiones de Holanda, Bélgica o Dinamarca, que tienen una población similar a la nuestra, pero se olvida que esos países no tienen un Ejército de nueva planta, sino que es un suma y sigue de una historia que les ha precedido. Ocurre como con las embajadas y el cuerpo diplomático: Un Estado normal debe de tener representación oficial al primer nivel en los 180 Estados que existen en el mundo. No vale una oficina cualquiera, sino que la Embajada ha de tener una prestancia que dignifique al país que representa. Todas las embajadas occidentales están en palacetes en el centro de las capitales. ¿Se imaginan lo que eso equivale en términos económicos?

Pero volviendo sobre la cuestión militar, en el citado reportaje el presidente del Cercle d'Estudis Soberanistes, considera que si España respondiera militarmente a una declaración de independencia, "l'Estat espanyol només aconseguiria convertir-se en la Birmània d'Europa", ¡Ha tenido el detalle de no recordarnos la experiencia de Yugoslavia!

Pero, y soy sincero, lo que más preocupa de esta aventura independentista es qué hacer con esa mayoría de personas que no están por la labor. Según el reportaje citado, el 35% de los catalanes están a favor, pero un 45% se posiciona en contra, y hay otro 20% que ni chicha ni limonà. Pues bien, suponiendo que los partidarios de la independencia consiguieran convencer a todos los de ni chicha ni à que ya es decir, continuaríamos teniendo un problema. ¿Digo uno? ¡Tres millones doscientos cincuenta y cuatro mil y un problemas! Tantos como el número de catalanes que no quieren dejar de ser españoles, según el Indecat, el Instituto de Estadística de la Generalitat..

En fin y para acabar: de todo el reportaje sobre la viabilidad de la Independencia del reportaje de Presència, lo que más me ha llegado al corazón es la reflexión de que la principal conquista de la independencia

tendría unos efectos de tipo subjetivo: “conseguir la felicidad”, y lo razona de esta manera “pasaríamos a ser personas normales, sin esquizofrenias y, por lo tanto, más felices”.

Yo, que siguiendo estos mismos parámetros me considero una persona normal, razonablemente feliz, y sin esquizofrenia conocida, tengo muy claro que no votaré a favor de la independencia, salvo que Carretero me convenza de lo contrario”.

La cuestión psicológica es lo que me gustó más. También que dedicaran a tantas plumas expertas para cuestionar mis preguntas. Pero debo de reconocer que el mayor triunfo de mi osadía fue conseguir que me contestará Jordi Pujol, en un tiempo en que el Molt Honorable no había perdido sus prerrogativas oficiales.

Tal vez el mejor argumento que tengo en mi interés en dar a conocer esa novela histórica está en esta carta que en la Semana Santa de 2012 le envié al Jordi Pujol, ex president de la Generalitat. Se la remití como quien escribe una carta hológrafa la pone en una botella y la lanza al mar a merced de las olas, pero como ocurre en el cine llegó a su destinatario, y no sólo llegó sino que me rescripto (según la RAE: la respuesta que da el soberano a una petición).

Un Decálogo de preguntas a Jordi Pujol

Esta Carta la escribí el martes de la Semana Santa con la intención de enviársela a su correo personal, como he hecho, pero la he enviado hoy, lunes de Pascua. Lo quería hacer antes de esta semana de fiesta porque sé que Ud. es un hombre muy ocupado en mil menesteres, atendiendo cuantas peticio-

nes recibe de charlas y conferencias, escribiendo memorias o presidiendo honoríficamente el partido del que es fundador; la Semana Santa es un respiro a tanto ajeteo que le mantiene fresco y despierto. En guardia, como eterno centinela de este su país y nuestro. Siempre atento a denunciar instrucciones secretas, como aquella famosa que se les dio a los corregidores de Catalunya en aquel infausto período que empezó en 1714. Bien, sin más preámbulos ni ociosidades, me dispongo a ir al grano en el motivo de esta carta que espero y deseo que no os moleste, nada más lejos de mi voluntad, sino que os permita ver lo que siempre veis pero desde otra mirada, con la perspectiva de un paisano suyo que quiere lo que usted, pero que la observa de una manera distinta.

Disculpe, pues, mi atrevimiento, pero escribo al dictado de mi conciencia, y cuando en eso se está, callar no es permitido.

Desde julio del 2010, y cada vez con mayor insistencia, dice que no le quedan argumentos para blandir contra quienes defienden la separación de Catalunya de España. Utilizo la palabra ‘separación’, que no ‘independencia’. Y en esta elección semántica que no es gratuita, pero sí histórica, entenderá bien el sentido de mi plática.

Usted no tiene argumentos, y a mí me sobran. Pero Ud. es persona docta, inteligente y muy leída, así que me sorprende tanta contradicción, porque yo sin ser tan docto, inteligente ni leído, no me faltan razones y no veo lo que Ud. sí ve, y Ud. no ve lo que yo veo. ¿Qué extraño misterio es éste que nos hace ver de forma tan distinta una misma realidad?

Mire, como son tantas las dudas que tengo, y no quiero pecar de exceso ni de robar el tesoro del tiempo, siempre tan escaso, las resumiré en un decálogo. Un símbolo que a Ud. le gusta tanto como a mí, porque hemos bebido en la misma fuente en esos asuntos que no son del César, ya me entiende...

Me contento no sólo con que los lea, sino que también los medite. Estoy seguro que lo habrá hecho alguna vez, pero no estoy tan seguro si puestos tan en batería. Si aparte de leerlo y meditarlo, me respondiera; ya sería como aquel afortunado, y siempre desconocido, de la *Grossa de Nadal*...

Con una declaración unilateral de Independencia a la brava, respóndame con la mano en el corazón, señor Jordi Pujol, que pasaría con...

I Al 31 de marzo en Catalunya ha bajado el número de parados en 3.701, pero lo que hay no es poco: 638.247 personas sin poder trabajar. ¿Quién les pagará el desempleo?

II La misma pregunta me hago respecto a las pensiones: tenemos cerca de 1.600.000 pensionistas ¿De dónde saldrá el dinero para las pensiones? Aún recuerdo el dolor de muelas de la paga de Navidad a los funcionarios. Ud. lo sabe, pero en este país hay muchos despistados y demasiados *somiatruïtes* apaniguados y de claca que se olvidan que las misas (la caja) están en Madrid.

III Hablando de misas: En el Banco de España hay actualmente 9,05 millones de onzas de oro depositadas en cámaras acorazadas y en otras de Londres y Nueva York. Al menos el 20% de esa fortuna nos pertenece ¿Bruselas reclamaría nuestras onzas de oro al gobierno de España con una declaración de independencia no aceptada?

IV El Fondo Monetario Internacional tiene depositados 2.960 millones de DEG (Derechos Especiales de Giro) procedentes de España, son reservas que garantizan los inter-

cambios comerciales en las transacciones económicas en el comercio mundial. Un 20% de estos fondos nos corresponden, pero se perderían irremediabilmente, porque la UE no reconocería al nuevo *Estat propi*, reclamado a la búlgara en el XVI Congreso.

V La razón por la que no se reconocería no es porque nos tengan manía, yo no milito en el ejército de la paranoia, sino para salvaguardar la integridad del resto de los Estados miembros de la UE. Los Estados integrantes deben aceptar el ingreso de un nuevo Estado por unanimidad. Es la norma y el protocolo establecido. Y no solamente España tiene el problema de la secesión. Gran Bretaña (Escocia), Francia (Iparalde, Bretaña y Córcega), Bélgica (Flandes), Italia (Pandania) tienen los suyos. ¡En el 2006 Macedonia pidió el ingreso en la UE y viven *congelados* por el veto de una potencia europea de primera: ¡Grecia!

VI El único sector económico que resiste la crisis es el turístico. Catalunya es una potencia de primer orden. ¿Saben cuántos españoles nos visitaron de vacaciones en el 2010, según la Encuesta de Movimientos Turísticos Españoles?: 23 millones. El 92,8% del turismo español no sale al extranjero y tiene a Catalunya como el segundo destino nacional. ¿Alguien puede creer que dando el portazo a España iban a volver? Quien tenga familia, probablemente, pero no suficientes para mantener la potencia de nuestra industria turística.

VII Hace veinte años Catalunya vendía a España el 40% de su producción. Ahora esa dependencia es mucho menor, 'sólo' es del 33%. En términos económicos esto significa, según el informe de la Cambra de Comerç, 55.000 millones de

euros al año. Una parte de esta facturación se podría mantener, pero cuánto ¿Un 25, un 40, o un 50%...? ¿Estamos tan sobrados de ventas que podemos prescindir de este mercado? Como Ud. bien sabe, Catalunya no es un país rico en materias primas naturales, sino que nuestra riqueza viene dada por el sector servicios y la industria, pero ya sin nuestro mercado natural...

VIII Ni siquiera acabaríamos con este debate identitario que tanto nos abrumba y agota. Simplemente el debate cambiaría de idioma. En lugar de *Dret a Decidir*, pasaríamos al *Derecho a Decidir* porque (y no debemos olvidarlo), más de la mitad de los catalanes tienen el castellano como lengua materna y según el INDESCAT un 45% dice sentirse tan español como catalán. ¿Cómo les explicaríamos que si votan en las elecciones para *un Parlament Independent* no tendrán derecho a votar en las elecciones del Congreso de los Diputados? Hoy al menos quien no se siente español tiene derecho a no ir a votar en las generales. ¿Por qué nos van a quitar ese derecho? ¿Cómo van a reaccionar a esa pérdida de derechos? ¿O es que haremos como en Letonia en que un 30% de la población no tiene derechos políticos porque son rusos? ¡No quiero ser letón!

IX Todo Estado soberano tiene que tener un Ejército propio que lo defienda de los enemigos externos (y de la legión). El problema es que el pasado año no llegaron a treinta mil varones los que nacieron. Treinta mil es el número que tienen países como el nuestro (Holanda). Es decir, que para tener un Ejército propio habría que reinstaurar el servicio militar obligatorio. No sé si hay muchos jóvenes que estén por la labor, pero desde el punto de vista económico, organizar un Ejército

de nueva planta con su armada, aviación, infantería y artillería sería una ruina.

X ¿Que Liga jugaría el Barça? Contra el Nàstic, el Girona, el Lleida y el Espanyol como máximo rival. Con un mercado tan exiguo la *Lliga* catalana se encogería como la escocesa. ¿Cuántos años hace que Escocia no va a un Campeonato Mundial de Fútbol? Es decir, que acabaríamos con la proyección deportiva del Barça y tampoco tendríamos selección que nos represente en mejor escaparate del mundo. He acabado con el fútbol como anécdota, aunque tengo para mí que para los locos de Messi esta anécdota puesta como punto número uno, es la definitiva.

No voy de listo, y estoy seguro que todo esto Ud. lo tiene muy meditado y también preocupado. Más diré: que cuando en voz alta habla y escribe de las dificultades objetivas que tiene un proceso de la independencia piensa en todo esto y alguna cosa más, pero no las cita porque en la sola relación está el antídoto para no caer en la tentación de elegir el camino equivocado. Y es lo que no entiendo: Ud. es demasiado inteligente para no darse cuenta del alcance del error planteado. Así que la pregunta que me queda por hacerle y sería la once y, por lo tanto, fuera del decálogo: ¿Por qué quiere tanto daño? ¡Este sueño es una pesadilla!

Y acabo ya, porque temo que es muy extenso lo escrito ¡y eso que cada punto es un Telégrafo! No sea que Ud. y/o los lectores se aburran y me hayan dejado solo en el teclado. Los 62.500 lectores que de media leyeron en el 2011 esta Revista se merecen una respuesta, y a Ud. le digo y ya para acabar que este Decálogo se resume en dos: yo también quiero a Catalun-

ya, y me preocupa como a Usted el futuro de *mis prójimos*. Ve a en esto la osadía de mi escrito.

El ex President Jordi Pujol responde a las diez preguntas del Director

Tal vez lo recuerden: el pasado mes de abril escribí una carta dirigida a Jordi Pujol, un Decálogo de diez preguntas sobre los problemas que, a mi parecer, provocaría la defensa que hoy hace de la Independencia de Catalunya. Pues bien, esta semana [primavera de 2012] Jordi Pujol ha respondido amablemente con la siguiente carta:

Distingit senyor,

Dispensi que hagi trigat tant a contestar el seu e-mail del 12 d'abril. No ha estat per desinterès.

Li adjunto uns quants escrits meus. Li'n podria trametre més, però amb aquests crec que n'hi haurà prou per a veure que jo no he estat independentista. I també veurà que sóc conscient que seria molt difícil aconseguir la independència. Si no fos que del tot impossible no hi ha res —i la Història ho demostra—, podríem dir que és inviable. El mal és que les condicions que s'imposen a Catalunya d'uns anys ençà també la fan inviable. Entenem-nos: inviable com a identitat, com a societat cohesionada, com a país consistent i capaç d'integrar la seva població, com a economia moderna i capaç de crear un bon Estat del Benestar. En la situació actual sense això Catalunya no s'aguanta.

O sia que vostè té raó. Però és una raó que avui porta a allò que ens diu gent molt responsable de Madrid: "Dentro de dos generaciones habréis desaparecido". I a això alguns ens hi oposem. Jo personalment per primer cop des de fa més de seixanta anys. El resultat serà el que

sigui. I del tot impossible no hi ha res. I haurem mantingut viva la nostra creativitat, la nostra ambició, el nostre sentiment col·lectiu i la nostra esperança. Ja li he dit que entenc els seus arguments. Però als seus arguments, i als d'altres com els seus, hi trobo a faltar una cosa. Vostès què proposen? Simplement acceptar el tracte que ara ens imposen? Comprenc la crítica de vostès, però la crítica i només la crítica, és tan fàcil... O és que ja els està bé allò de "dentro de dos generaciones...?"

M'agradaria que en aquesta resposta meva vostè hi veiés l'expressió d'un esperit dialogant. Altrament no hauria contestat. O li hauria fet una carta de circumstàncies. Atentament

Jordi Pujol

LA RESPUESTA

Le agradezco su sincera respuesta y le he de confesar que no esperaba que me dijera 'O sea que usted te raó'. No es uso frecuente que un político, siquiera en la reserva activa, dé la razón a quien no piensa como él, y eso, ex President, le honora por encima del título vitalicio que ostenta. Como mi carta, y ahora la suya, se publicó en esta Revista y por lo tanto son muchos miles de vallesanos los que leyeron aquella y con mayor interés leerán la suya, debo responder como director de la misma a esa pregunta que deja flotando en el aire, y que no deja de ser una insidia aventar que tal vez yo sea como uno de esos madrileños que, según Usted comenta, quieren acabar en dos generaciones con Catalunya. Y esa malicia me ofende, y debo contestarla porque en este sentido me importa la opinión de los lectores más que la suya, por razones obvias y porque al no conocerme es fácil equivocarse.

Mire, le voy a hablar con la misma franqueza con la que

Usted se expresa y seguro que me entenderá perfectamente, porque hablaré en su misma longitud de onda, es decir la del sentimiento que es la forma más directa que tienen las personas que quieren entenderse.

Mis abuelos están enterrados en tierra catalana, los abuelos de mis hijos, también. Es decir, mis hijos son catalanes de tercera generación, por parte de padre, y de madre... se pierde en la historia. Entenderá, pues, que soy y me siento catalán. Mis tradiciones, usos y costumbres, en lo bueno y en lo malo, son catalanas. Yo soy de esta tierra y, si Dios quiere, aquí me enterrarán. Ahora bien, también le tengo que decir que soy consciente de que no soy un *bolet* de segunda generación nacido de la nada por generación espontánea, sino que mi sangre y las raíces de mis antepasados se hunden en el Pirineo del Alto Aragón oscense. De allí proceden originariamente mis ancestros, y en mi casa mamá esa doble condición familiar catalana, de origen aragonés. Es la cadena de mi adn genético, y ni quiero liberarme ni puedo renunciar a lo que soy, por eso no entiendo ese discurso de Catalunya y España como binomio enemigo, de que España quiere acabar con Catalunya. No entiendo esta dialéctica de los separatistas ni la de los separadores. No la entiendo porque yo me siento español... porque he nacido en Catalunya, y catalán porque lo soy y amo a mi tierra. Aragón es la entrañable tierra de mis antepasados, pero ésta es la mía. Si no se me entiende es porque no he sabido explicarme mejor.

No quisiera molestarle con esta afirmación: No estoy de acuerdo en su tesis principal y mayor y que, desgraciadamente, orienta su discurso actual y que, en mi opinión, le desnorta. A saber, no creo que exista en España ninguna persona con dos dedos de frente que quiera que Catalunya *desaparezca*. Como nadie en su sano juicio quiere que *desa-*

parezca Galicia o el País Vasco. No tiene ningún sentido. La realidad es la que es. A unos les podrá gustar más y a otros menos. Como a nivel particular a nosotros nos puede gustar más o menos las dos comunidades, también históricas, que he citado. Sí que hay quienes piensan como Ortega y Gasset que España y Catalunya si no amarse, están condenadas a *conllevarse*... Que es una cosa bien distinta a la de *desaparecer*. Y que, por cierto, me desagrade profundamente, porque es mucho mejor amar a *conllevarse*...

Ud. lo sabe tan bien como yo, y acabo ya: Dejando a un lado la demagogia al uso, la *inviabilidad* de la Independencia no sólo es por razones de política internacional o de economía doméstica sino que el gran problema es la ruptura afectiva en Catalunya. Y en parte esta *herencia* le atañe directamente, ¡y ésta sí que es de mal gobierno!

Jordi Pujol no me respondió... pero esta carta me sirvió más de lo que nunca me habría imaginado. En esas fechas, y a mis espaldas, el nuevo gerente de la Revista, Xavier Quer, estaba negociando con una fundación universitaria de marcado acento nacionalista (FUMH: Fundació Universitària Martí l'Humà, de La Garriga), de que modo podrían colaborar con la Revista. Santiago Cucurella, el director general de la fundación, era quien negociaba en la otra parte, y tenía el lógico interés en utilizar una Revista consolidada con 62.500 lectores (un año antes habíamos alcanzado el pico de lectores: 72.000, que nos convirtió en el semanario comarcal más leído en Catalunya), como plataforma de la FUMH.

Una operación limpia, gratis total. El *problema* estaba en la orientación política de la Revista: no era nacionalista. Así

que la respuesta de Cucurella al gerente fue inmediata: en una reunión del patronato se debatió la conveniencia de colaborar con la Revista y por abrumadora mayoría se coligió que 'no', porque la línea de pensamiento de la Revista estaba en una longitud de onda diferente a la suya. Los patrones de la Fundació no iban a aceptar entrar en negociaciones con una revista españolista (este calificativo me revienta. Los españolistas son los simpatizantes del RCE Espanyol. Me parece más acertada la palabra unionista). Las negociaciones quedaron rotas. Yo era el obstáculo principal. Consciente de que era la barrera o el freno de un proyecto que significaba un cambio ideológico de 180° a la Revista, coloqué *explosivos* de defensa preventiva con detonador manual a distancia por si al día siguiente de irme las conversaciones se reanudaban, y el Vallès pasaba a convertirse en otro órgano de comunicación del independentismo...

¿Qué explosivos eran? Disculpen si les parezco maleducado, pero la respuesta a la pregunta aún no se puede dar, y ya no se trata del juego de un escritor con sus lectores, que también, sino de algo mucho más importante: no quiero desactivar los explosivos. Que el *enemigo* no conozca donde he colocado las minas...

Ha pasado más de un año desde que escribí lo que acaban de leer, y ahora que la Revista ha *muerto* ya puedo contar cual era el explosivo camuflado: el *fiscal* Jonathan. Le pedí al diseñador y montador que si un día la Revista pasaba a defender lo contrario que yo defendía, que no se convirtiera en cómplice de la deriva. Y me dio su palabra que lo cumpliría. En este sentido, me fui tranquilo...

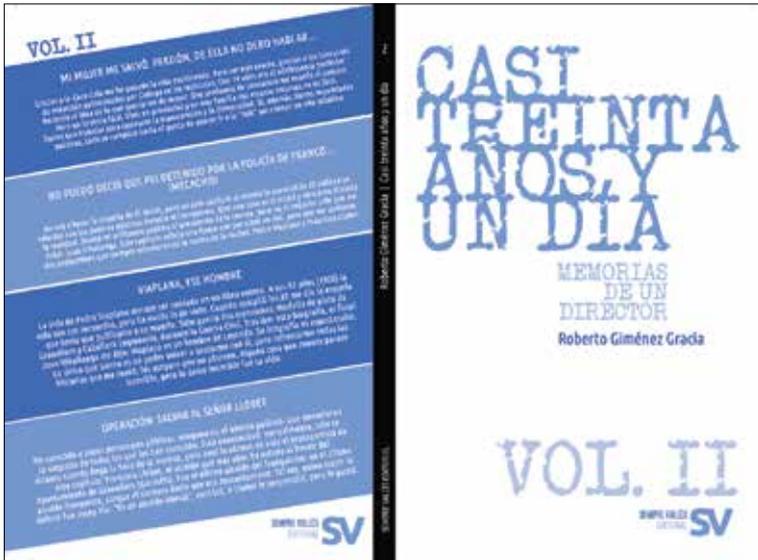
Para acabar este capítulo, primer volumen de la colección, debo contar un sueño que tuve en plena pubertad con trece años. Me dormí y el sueño lo viví como una pesadilla: se había producido un extraño golpe de Estado, y los gerifaltes del gobierno de Catalunya había declarado la Independencia. Primavera de 1971. Para poder seguir viviendo en mi calle había que solicitar el nuevo DNI y para que te lo dieran tenías la obligación de recitar correctamente el *setze jutges d'un jutjat mengen fetge d'un penjat*. Entonces yo sólo lo chapurreaba. La *Llengua* te daba la nacionalidad, sin ella te convertías en un apátrida en donde habías nacido. Desperté con sudor frío. Me relajé al ver que sólo era un sueño. Han pasado casi 45 años, y esa pesadilla ya no es un sueño. Se ha convertido en una posibilidad que nadie puede descartar. Por eso le he puesto ese título al capítulo. Hay una bonita palabra en el diccionario, es el *ganapierde*. En ese curioso juego gana quien pierde. Alguien gana, pero en este juego de trapecio sin red en que se ha instalado la vida política en Catalunya nadie va a ganar. Suceda lo que suceda, el mal ya está hecho. Han tirado una piedra en el cristal, y se ha roto [*me han*] el espejo del corazón.

En estas Memorias me voy desnudando, quitándome todas las capas como quien va pelando una *ceba* hasta quedarme con el corazón en bolas, sin secretos. La metáfora de la cebolla tiene doble sentido: la cebolla/la *ceba*, siempre me ha hecho llorar...

POSDATA: ¿QUIÉN ES LA LECTORA SECRETA?

En marzo de 2005 vino a Granollers. Tiene dos joyas en casa: Ariadna que llegó el día de Reyes de hace siete años (2006) y Gerard, 21 meses más tarde. En esa edad preciosa en donde aún no tienes que arrepentirte de no habértelos comido...

Volúmenes editados:



VOL. II

Capítulo 4:

Mi mujer me salvó. Perdón, de ella no debo hablar...

Capítulo 5:

No puedo decir que fui detenido por la policía de Franco... ¡mecachis!

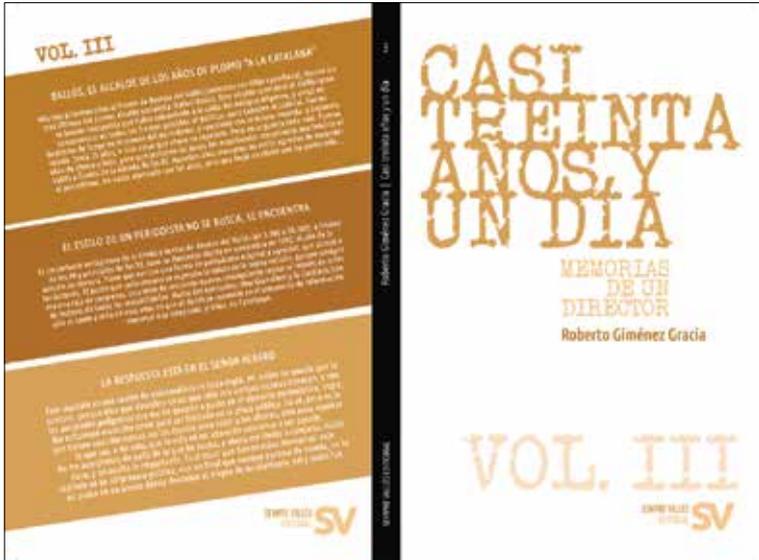
Capítulo 6:

Viaplana, ese hombre

Capítulo 7:

Operación: Salvar al señor Llobet

Volúmenes editados:



VOL. III

Capítulo 8:

Ballús, el alcalde de los años de plomo, a la catalana

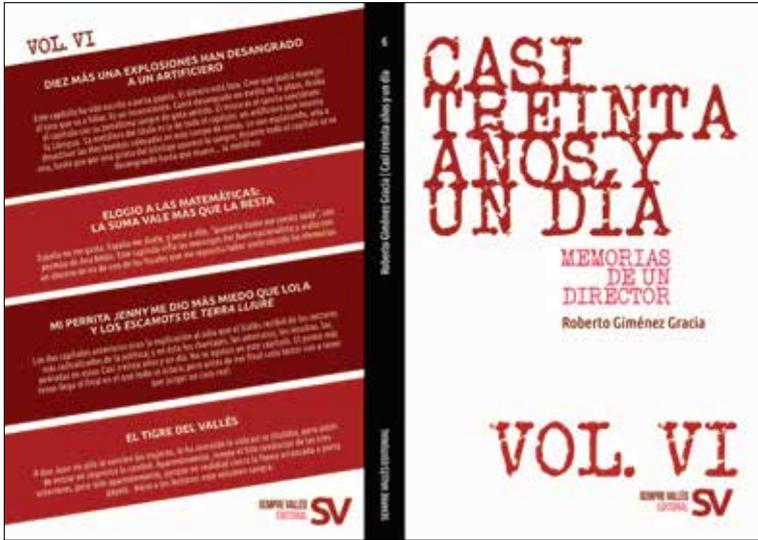
Capítulo 9:

El estilo de un periodista no se busca, se encuentra

Capítulo 10:

La respuesta está en el señor Alberó

Volúmenes editados:



VOL. VI

Capítulo 17:

Diez más una explosiones han desangrado a un artificiero

Capítulo 18:

Elogio a las matemáticas: la suma vale más que la resta

Capítulo 19:

Mi perrita *Jenny* me dio más miedo que Lola y los escamots de *Terra Lliure*

Capítulo 20:

El tigre del Vallès

Próximo...



VOL. VII

Capítulo 21:

Las mujeres que viví y también las que no quise vivir

Capítulo 22:

Enemigos íntimos (1): la Alcaldriz

Capítulo 23:

Enemigos íntimos (2): las guerras púnicas

Capítulo 24:

Enemigos íntimos (3): el *matador* Paco Lorca

